PREPARACIÓN PARA LA MUERTE (5ª Parte)
San Alfonso Mª de Liborio

TRIGÉSIMA CONSIDERACIÓN

DE LA ORACIÓN

Petite et dabitur vobis ..., omnís
enim qui petit, accipit.
Pedid y se os dará..., porque
todo aquel que pide, recibe.
Lc., 11, 9-10.

PUNTO PRIMERO
De la eficacia de la oración.

No sólo en éstos, sino en otros muchos lugares del Antiguo y Nuevo Testamento promete Dios oír a los que se encomiendan a Él: Clama a Mi, y te oiré (Jer., 33, 3). Invócame..., y te libraré (Sal. 49, 15). «Si algo pidiereis en mi nombre, Yo lo haré» (Jn., 14, 14). «Pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará» (Jn., 15, 7). Y otros varios textos semejantes.

La oración es una, dice Teodoreto; y, sin embargo, puede alcanzarnos todas las cosas; pues, como afirma San Bernardo, el Señor nos da, o lo que pedimos en la oración, u otra gracia para nosotros más conveniente. Por esa razón, el Profeta (Sal. 85, 5) nos mueve a que oremos, asegurándonos que el Señor es todo misericordia para cuantos le invocan y acuden a Él. Y todavía con más eficacia nos exhorta el Apóstol Santiago, diciéndonos que cuando rogamos a Dios nos concede más de lo que pedimos, sin reprocharnos las ofensas que le hemos hecho. No parece sino que, al oír nuestra oración, olvida nuestras culpas.

San Juan Clímaco dice que la oración hace, en cierto modo, violencia a Dios, y le fuerza a que nos conceda lo que le pidamos. Fuerza —escribe Tertuliano— que es muy grata al Señor y que la desea de nosotros, pues, como dice San Agustín, mayores deseos tiene Dios de darnos bienes que nosotros de recibirlos, porque Dios, por su naturaleza, es la Bondad infinita, según observa San León, 87 y’ se complace siempre en comunicarnos sus bienes. Dice Santa María Magdalena de Pazzi que Dios queda, en cierto modo, obligado con el alma que le ruega, porque ella misma ofrece así ocasión de que el Señor satisfaga su deseo de dispensarnos gracias y favores. Y David decía (Sal. 55,

10) que esta bondad del Señor, al oírnos y complacernos cuando le dirigimos nuestras súplicas, le demostraba que Él era el verdadero Dios. Sin razón se quejan algunos de que no hallan propicio a Dios —advierte San Bernardo—; pero con mayor motivo se lamenta el Señor de que muchos le ofenden dejando de acudir a El para pedirle gracias.

Por eso nuestro Redentor dijo a sus discípulos (Jn., 16, 24): Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo; o sea: «No os quejéis de Mí si no sois plenamente felices; quejaos de vosotros mismos que no me habéis pedido las gracias que os tengo preparadas. Pedid, pues, y quedaréis contentos.» Los antiguos monjes afirmaban que no hay ejercicio más provechoso para alcanzar la salvación que la oración continua, diciendo: auxiliadme, Señor. Deus in adjutorium meum intende. Y el venerable P. Séñeri refiere de sí mismo que solía en sus meditaciones conceder largo espacio a los piadosos afectos; pero que después, persuadido de la gran eficacia de la oración, procuraba emplear en las súplicas la mayor parte del tiempo...

Hagamos siempre lo mismo, porque nuestro Señor nos ama en extremo, desea mucho nuestra salvación y se muestra solícito en oír lo que le pedimos. Los príncipes del mundo a pocos dan audiencia, dice San Juan Crisóstomo (3); pero Dios la concede a todo el que la pide.

AFECTOS Y PETICIONES

Os adoro, Eterno Dios, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis concedido, creándome, redimiéndome por medio de mi Señor Jesucristo, haciéndome hijo de su santa Iglesia, esperándome cuando me hallaba en pecado y perdonándome muchas veces: ¡Ah Dios mío!, no os hubiera ofendido si en las tentaciones hubiese acudido a Vos.... Gracias también os doy porque me habéis enseñado qué toda mi felicidad se funda en la oración, en pediros los dones que necesito. Yo os pido, pues, en nombre de Jesucristo, que me deis gran dolor de mis culpas, la perseverancia en vuestra gracia, buena y piadosa muerte y la gloria eterna, y, sobre todo, el sumo don de vuestro amor y la perfecta conformidad con vuestra voluntad santísima. Harto sé que no lo merezco, pero lo ofrecisteis a quien lo pidiere en nombre de Cristo, y yo, por los merecimientos de Jesucristo, lo pido y espero...

¡Oh María!, vuestras súplicas alcanzan cuanto piden.

PUNTO SEGUNDO
Necesidad de la oración.

Consideremos, además, la necesidad de la oración. Dice San Juan Crisóstomo (tomo 1, 77) que así como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin oración se halla también sin vida, y que tanto necesitan las plantas el agua para no secarse, como nosotros la oración para no perdernos. Dios quiere que nos salvemos todos y que nadie se pierda (1 Ti., 2, 4). «Espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan a penitencia» (2 P., 3, 9). Pero también quiere que le pidamos las gracias necesarias para nuestra salvación; puesto que, en primer lugar, no podemos observar los divinos preceptos y salvarnos sin el auxilio actual del Señor, y, por otra parte, Dios no quiere, en general, darnos esas gracias si no se las pedimos. Por esta razón dice el Santo Concilio de Trento (sess. 6, c. 2) que Dios no impone preceptos imposibles, porque, o nos da la gracia próxima y actual necesaria para observarlos, o bien nos da la gracia de pedirle esa gracia actual. Y enseña San Agustín que, excepto las primeras gracias que Dios nos da, como son la vocación a la fe, o a la penitencia, todas las demás, y especialmente la perseverancia, Dios las concede únicamente a los que se las piden. Infieren de aquí los teólogos, con San Basilio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Clemente de Alejandría y otros muchos, que para los adultos es necesaria la oración, con necesidad de medio. De suerte que, sin orar, a nadie le es posible salvarse. Y esto dice el doctísimo Lessio, debe tenerse como de fe. Los testimonios de la Sagrada Escritura son concluyentes y numerosos: «Es menester orar siempre. Orad para que no caigáis en la tentación. Pedid y recibiréis. Orad sin intermisión». Las citadas palabras «es menester, orad, pedid», según general sentencia de los doctores con el angélico Santo Tomás (3 p., q. 29, a. 5), imponen precepto que obliga bajo culpa grave, especialmente en dos casos: primero, cuando el hombre se halla en pecado; segundo, cuando está en peligro de pecar. A lo cual añaden comúnmente los teólogos que quien deja de orar por espacio de un mes o más tiempo, no está exento de culpa mortal. (Puede verse a Lessio en el lugar citado.) Y toda esta doctrina se funda en que, como hemos visto, la oración es un medio sin el cual no es posible obtener los auxilios necesarios para la salvación.

Pedid y recibiréis. Quien pide, alcanza. De suerte —decía Santa Teresa— que quien no pide no alcanzará. Y el Apóstol Santiago exclama (4, 2): No alcanzáis porque no pedís. Singularmente es necesaria la oración para obtener la virtud de la continencia. «Y como llegué a entender que de otra manera no

podía alcanzarla, si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué» (Sb., 8, 21). Resumamos lo expuesto considerando que quien ora se salva, y quien no ora, ciertamente, se condena. Todos cuantos se han salvado lo consiguieron por medio de la oración. Todos los que se han condenado se condenaron por no haber orado. Y el considerar que tan fácilmente hubieran podido salvarse orando, y que ya no es tiempo de remediar el mal, aumentará su desesperación en el infierno.

AFECTOS Y PETICIONES

¿Cómo he podido, Señor, vivir hasta ahora tan olvidado de Vos? Preparadas teníais todas las gracias que yo debiera haber buscado; sólo esperabais que os las pidiese; pero no pensé más que en complacer a mi sensualidad, sin que me importase verme privado de vuestro amor y gracia. Olvidad, Señor, mi ingratitud, y tened misericordia de mí; perdonad las ofensas que os hice, y concededme el don de la perseverancia, auxiliándome siempre, ¡oh Dios de mi alma!, para que no vuelva a ofenderos. No permitáis que de Vos me olvide, como os olvidé antes. Dadme luz y fuerza para encomendarme a Vos, especialmente cuando el enemigo me mueva a pecar. Otorgadme, Dios mío, esta gracia por los méritos de Jesucristo y por el amor que le tenéis.

Basta, Señor; basta de culpas. Amaros quiero en el resto de mi vida. Dadme vuestro santo amor, y él haga que os pida vuestro auxilio siempre que me halle en peligro de perderos pecando...

María Santísima, mi esperanza y amparo, de Vos espero la gracia de encomendarme a Vos y a vuestro divino Hijo en todas mis tentaciones. Socorredme, Reina mía, por amor de Cristo Jesús.

PUNTO TERCERO
De las condiciones de la oración.

Consideremos, por último, las condiciones de la buena oración. Muchos piden y no alcanzan, porque no ruegan como es debido (Stg., 4, 3). Para orar bien menester es, ante todo, humildad. «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da gracia» (Stg., 4, 6). Dios no oye las peticiones del soberbio; pero nunca desecha la petición de los humildes (Ecl., 35, 21), aunque hayan sido pecadores. «Al corazón contrito y humillado no le despreciarás, Señor» (Sal. 50, 19). En segundo lugar, es necesaria la confianza. «Ninguno esperó en el Señor y fue confundido» (Ecl., 2, 11). Con este fin nos enseñó Jesucristo que

al pedir gracias a Dios le demos nombre de Padre nuestro, para que le roguemos con aquella confianza que un hijo tiene al recurrir a su propio padre. Quien pide confiado, todo lo consigue. Todas cuantas cosas pidiereis en la oración, tened viva fe de conseguirlas y se os concederán (Mr., 11, 24). ¿Quién puede temer, dice San Agustín, que falte lo que prometió Dios, que es la misma verdad? No es Dios como los hombres, que no cumplen a veces lo que prometen, o porque mintieron al prometer, o porque luego 92 cambian de voluntad (Nm., 23, 19). ¿Cómo había el Señor —añade el Santo— de exhortarnos tanto a pedirle gracias, si no hubiere de concedérnoslas? Al prometerlo se obligó a conceder los dones que le pidamos.

Acaso piense alguno que, por ser pecador, no merece ser oído. Mas responde Santo Tomás que la oración con que pedimos gracias no se funda en nuestros méritos, sino en la misericordia divina. «Todo aquel que pide, recibe» (Lc., 11, 10); es decir, todos, sean justos o pecadores. El mismo Redentor nos quitó todo temor y duda en esto cuando dijo (Jn., 16, 23): «En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre»; o sea: «si carecéis de méritos, los míos os servirán para con mi Padre. Pedidle en mi nombre, y os prometo que alcanzaréis lo que pidiereis...» Pero es preciso entender que tal promesa no se refiere a los dones temporales, como salud, hacienda u otros, porque el Señor a menudo nos niega justamente estos bienes, previendo que nos dañarían para salvarnos. Mejor conoce el médico que el enfermo lo que ha de ser provechoso, dice San Agustín; y añade que Dios niega a algunos por misericordia lo que a otros concede airado. Por lo cual sólo debemos pedir las cosas temporales bajo la condición de que convengan al bien del alma. Y, al contrario, las espirituales, como el perdón, la perseverancia, el amor de Dios y otras gracias semejantes, deben pedirse absolutamente con firme confianza de alcanzarlas. «Pues si vosotros, siendo malos —dice Jesucristo (Lc., 11, 13)—, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidieren?» Es, sobre todo, necesaria la perseverancia. Dice Cornelio a Lápide (In Lc., c. 11) que el Señor «quiere que 94 perseveremos en la oración hasta ser importunos»; cosa que ya expresa la Escritura Sagrada (10): «Es menester orar siempre.» «Vigilad orando en todo tiempo.» «Orad sin intermisión»; lo mismo que el texto que sigue: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá » (Lc., 11, 9).

Bastaba haber dicho pedid; mas quiso el Señor demostramos que debemos proceder como los mendigos, que no cesan de pedir e insisten y llaman a la puerta hasta que obtienen la limosna. Especialmente la perseverancia final es

gracia que no se alcanza sin continua oración. No podemos merecer por nosotros mismos esa gracia, mas por la oración, dice San Agustín, en cierto modo la merecemos. Oremos, pues, siempre, y no dejemos de orar si queremos salvarnos. Los confesores y predicadores exhorten de continuo a orar si desean que las almas se salven. Y, como dice San Bernardo, acudamos siempre a la intercesión de María. «Busquemos la gracia, y busquémosla por intercesión de María, que alcanza cuanto desea y no puede engañarse.»

AFECTOS Y PETICIONES

Espero, Señor, que me habréis perdonado, pero mis enemigos no dejarán de combatirme hasta la hora de la muerte, y si no me ayudáis, volveré a perderme. Por los merecimientos de Cristo, os pido la santa perseverancia. No permitas que me aparte de Ti. El mismo don os pido para cuantos se hallan en vuestra gracia. Y confiado en vuestras promesas, seguro estoy de que me concederéis la perseverancia si continúo pidiéndoosla... Y con todo, temo, Señor; temo el no acudir a Vos en las tentaciones y recaer por ello en mis culpas. Os ruego, pues, que me concedáis la gracia de que jamás deje de orar. Haced que en los peligros de pecar me encomiende a Vos e invoque en auxilio mío los nombres de Jesús y María. Así, Dios mío, propóngome hacerlo, y así espero que lo conseguiré con vuestra gracia. Oídme, por el amor a Jesucristo..

Y Vos, María, Madre nuestra, alcanzadme que, en los peligros de perder a Dios, recurra siempre a Vos y a vuestro Hijo divino.

TRIGÉSIMOPRIMERA CONSIDERACIÓN

DE LA PERSEVERANCIA

> Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erlt.
> El que persevere hasta el fin, éste será salvo.
> Mt., 24, 13.

PUNTO PRIMERO
Necesidad de la perseverancia: el primer enemigo, el demonio

Dice San Jerónimo que muchos empiezan bien, pero pocos son los que perseveran. Bien comenzaron un Saúl, un Judas, un Tertuliano; pero acabaron

mal, porque no perseveraron como debían. En los cristianos no se busca el principio, sino el fin. El Señor —prosigue diciendo el Santo— no exige solamente el comienzo de la buena vida, sino su término; el fin es el que alcanzará la recompensa. De aquí que San Lorenzo Justiniano llame a la perseverancia puerta del Cielo. Quien no hallare esa puerta no podrá entrar en la gloria.

Tú, hermano mío, que dejaste el pecado y esperas con razón que habrán sido perdonadas tus culpas, disfrutas de la amistad de Dios; pero todavía no estás en salvo ni lo estarás mientras no hayas perseverado hasta el fin (Mt., 10, 22). Empezaste la vida buena y santa. Da por ello mil veces gracias a Dios; mas advierte que, como dice San Bernardo, al que comienza se le ofrece no más el premio, y únicamente se le da al que persevera. No basta correr en el estadio, sino proseguir hasta alcanzar la corona, dice el Apóstol (1 C., 9, 24). Has puesto mano en el arado; has principiado a bien vivir; pues ahora más que nunca debes temer y temblar...(Fíl., 2, 12). ¿Por qué?... Porque si, lo que Dios no quiera, volvieses la vista atrás y tomases a la mala vida, te excluiría Dios del premio de la gloria (Lc., 9, 62). Ahora, por la gracia de Dios, huyes de las ocasiones malas y peligrosas, frecuentas los sacramentos, haces cada día meditación espiritual... Dichoso tú si así continúas, y si nuestro Señor Jesucristo así te halla cuando venga a juzgarte (Mt., 24, 46). Más no creas que por haberte resuelto a servir a Dios se te hayan acabado las tentaciones y no vuelvan a combatirte más. Oye lo que dice el Espíritu Santo (Ecl., 2, 1): «Hijo, cuando llegues al servicio de Dios, prepara tu alma a la tentación.» Sabe, pues, que ahora más que nunca debes prepararte para el combate; porque nuestros enemigos, el mundo, el demonio y la carne, ahora más que nunca se aprestarán a moverte guerra con el fin de que pierdas cuanto hubieres conquistado. San Dionisio Cartusiano afirma que cuanto más se entrega uno a Dios, con tanto mayor empeñó procura el infierno vencerle. Y esta verdad se declara bastantemente en el Evangelio de San Lucas (11, 24-26), donde dice: «Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí... Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero»; o sea: cuando el demonio se ve arrojado de un alma no halla descanso ni reposo, y emplea todas sus fuerzas en procurar dominarla de nuevo. Pide auxilio a otros espíritus del mal, y si consigue entrar otra vez en aquella alma, le producirá segunda ruina, más grave que la primera.

Considerad, pues, qué armas vais a emplear para defenderos de esos enemigos y conservar la gracia de Dios. Para no ser vencidos del demonio no hay mejor arma que la oración. Dice San Pablo (Ef., 6, 12) que no tenemos que pelear contra hombres de carne y hueso como nosotros, sino contra los príncipes y potestades del infierno, con lo cual quiere advertirnos que carecemos de fuerzas para resistir a tanto poder, y que, por consiguiente, necesitamos que Dios nos ayude. Con ese auxilio lo podemos todo, decía el Apóstol (Fil., 4, 13), y todos debemos repetir lo mismo. Pero ese auxilio no se alcanza más que pidiéndole en la oración. Pedid y recibiréis. No nos fiemos de nuestros propósitos, que si en ellos confiamos estaremos perdidos. Toda nuestra confianza, cuando el demonio nos tentare, la hemos de poner en la ayuda de Dios, encomendándonos a Jesús y a María Santísima. Y muy especialmente debemos hacer esto en las tentaciones contra la castidad, porque son las más temibles y las que ofrecen al demonio más frecuentes victorias. Por nosotros mismos no disponemos de fuerzas para conservar la castidad. Dios ha de dárnoslas. «Y como llegué a entender —exclama Salomón (Sb., 8, 21)— que de otra manera no podía alcanzar continencia si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué.» Preciso es, pues, en tales tentaciones, acudir en seguida a Jesucristo y a su Santa Madre, e invocar a menudo los santísimos nombres de Jesús y María. Quien así lo hiciere, vencerá. El que no lo haga será vencido.

AFECTOS Y PETICIONES

«No me arrojes de tu presencia.» ¡Ah Dios mío!, no me arrojéis lejos de Vos. Bien sé que jamás me abandonaréis si yo no soy el primero en abandonaros; pero lo que mayor temor me inspira es mi propia debilidad. Vos, Señor, me habéis de dar las fuerzas necesarias para luchar contra el infierno, que pretende otra vez hacerme esclavo suyo.

Os lo pido por amor a Jesucristo. Hagamos, Salvador mío, entre los dos una paz perpetua, que nunca jamás pueda romperse, y para esto dadme vuestro santo amor ; porque, como dice vuestro Apóstol: *El que no ama, muerto está*. De esta suerte infeliz Vos me habéis de salvar, ¡ oh Dios del alma mía! Bien sabéis que estaba perdido, y a vuestra bondad debo el hallarme en el estado en que ahora me veo, con la esperanza de haber recobrado vuestra divina gracia. Por la amarguísima muerte que por mí padecisteis, no permitáis, ¡ oh Jesús mío!, que vuelva voluntariamente a perderos. Os amo sobre todas las cosas. Espero vivir ligado siempre con las cadenas de vuestro amor, y con ellas morir y con ellas vivir eternamente.

¡Oh María, llamada la Madre de la perseverancia! Pues sois la dispensadora de este gran don, a Vos lo pido y de Vos lo espero.

PUNTO SEGUNDO
Segundo enemiga de nuestra perseverancia: el mundo.

Veamos ahora cómo hemos de vencer al mundo. El demonio es un enemigo formidable, pero el mundo es más terrible todavía. Si el demonio no tuviese el mundo a su servicio y a los hombres perversos, que son los que constituyen el mundo, no alcanzaría tantas victorias como obtiene. Nuestro divino Redentor nos amonesta que nos pongamos en guardia, no tanto contra el demonio como contra los hombres. *Recataos de los hombres*, nos dice por San Mateo. En efecto, los hombres son a las veces peores que los demonios, porque éstos se ahuyentan por medio de la oración e invocando los santísimos nombres de Jesús y de María. No así los malos compañeros, que, si nos tientan a cometer un pecado, lejos de atemorizarse y huir al responderles con alguna piadosa reflexión, redoblan sus esfuerzos y se burlan de nosotros, llamándonos necios, cobardes, mojigatos y sin crianza; y, cuando no nos digan otra cosa, nos llaman hipócritas, que fingimos santidad. De aquí resulta que algunas almas tímidas y débiles, por no oír de continuo estos reproches e improperios, pactan miserablemente con estos ministros de Satanás y tornan al vómito.

Debes persuadirte, hermano mío, que, si quieres llevar vida de perfecto cristiano, no podrás evitar las burlas y sarcasmos de los malvados. Por que «los impíos aborrecen a los que siguen el recto.» Quien vive mal no puede soportar la presencia de los que llevan vida compuesta y arreglada. ¿Y por qué ? Porque la vida de los buenos es una continua censura de la suya, y quisieran que todos les imitasen en sus desórdenes, para ahogar los remordimientos que ocasiona la virtud de los buenos. El que ama a Dios, no hay remedio, será perseguido del mundo, como lo dice el Apóstol: «Todos los que quieren vivir piadosamente según Jesucristo han de padecer persecución». Todos los santos han sido perseguidos. ¿Quién más santo que Jesucristo? Y, sin embargo, el mundo le persiguió hasta hacerle morir con afrentosa muerte de cruz. Esto es inevitable, porque las máximas del mundo son de todo en todo contrarias a las de Jesucristo. A lo que el mundo aprecia y estima llámalo Jesucristo locura. «Porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios.» Y, al contrario, el mundo llama necedad a lo que estima y aprecia Jesucristo, como son las cruces, los dolores y los desprecios. «La palabra de la cruz parece necedad a los ojos de los que se pierden». Consolémonos, a pesar de todo, que, si los malvados nos vituperan y nos maldicen, Dios nos alaba y nos bendice. «Ellos le maldecirán —dice el Salmista— y Tú le bendecirás». ¿Por ventura no debe bastarnos el ser

alabados por Dios, por María Santísima, por los ángeles y por todos los hombres de bien? Dejemos, pues, decir a los pecadores cuanto quieran y prosigamos sirviendo a Dios, generoso y fiel con todos los que le sirven. Mientras más repugnancias y obstáculos experimentemos en la práctica de la virtud, tanto más agradaremos a Dios y cuanto mayores serán nuestros méritos. Figurémonos que sólo Dios y nosotros vivimos en el mundo. Cuando los impíos se mofen de nosotros, encomendémosles al Señor y prosigamos nuestro camino, dando gracias a Dios por las luces y gracias que nos da y niega a esos malvados y miserables. No nos avergoncemos de ser y parecer cristianos; porque, si nos avergonzarnos de Jesucristo, El nos declara que también se avergonzará de nosotros en el día del juicio. «Porque el que se avergonzare de Mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en el esplendor de su Majestad».

Si queremos a toda costa salvarnos, fuerza será que nos resolvamos a padecer y hacernos violencia; porque, como dice Jesucristo, «estrecho es el camino que conduce a la vida». Y luego añade: «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a sí mismos éstos son los que lo arrebatan». El que no se hace violencia no se salvará. No hay remedio: si queremos obrar bien, tenemos que sostener continuas batallas con nuestra rebelde naturaleza. Al principio, sobre todo, debemos esforzar nuestra flaqueza para extirpar los malos hábitos y adquirir los buenos; porque, una vez adquirida la buena costumbre, se hace fácil y aun deleitable la observancia de la divina Ley. Dijo cierto día el Señor a Santa Brígida que el que se determina a practicar la virtud con paciencia y constancia, siente las primeras punzadas de las espinas, y después las espinas se vuelven rosas.

Atiende, pues, hermano mío, y oye a Jesucristo que te dice lo que le dijo al paralítico: «Bien ves que has quedado sano; no tornes a pecar más para que no te acontezca alguna cosa peor».

«Atiende y considera —añade San Bernardo— que si, por desgracia, vuelves a caer, tu recaída será más funesta que todas tus anteriores caídas». Ay de aquellos —dice el Señor— que emprenden el camino de Dios y luego lo abandonan!» «¡Ay de los hijos desertores!». Serán castigados estos tales corno rebeldes; pues, como dice Job, «fueron rebeldes a la luz». El castigo ordinario que Dios suele imponer a estos rebeldes, que han sido favorecidos con tantas luces e inspiraciones, a las cuales han sido infieles, es abandonarlos a su ceguedad y acabar su vida en pecado. «Si el justo se desviare de su justicia, ¿por ventura tendrá vida? —pregunta Ezequiel—. Se echarán en olvido todas cuantas obras buenas había hecho, y morirá en su pecado».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! ¡Cuántas veces he merecido yo semejante castigo, pues miserablemente torné a caer después de haber salido muchas veces del pecado, merced a las luces que me habíais dispensado! Gracias mil sean dadas a vuestra infinita misericordia por no haberme abandonado en mi ceguedad, privándome totalmente de vuestras luces, como lo tenía merecido.

Harto obligado os estoy, Jesús mío, y harto ingrato fuera si volviese de nuevo a ofenderos. No, Redentor mío y Señor mío; «eternamente cantaré vuestras misericordias». En lo que me resta de vida y por toda la eternidad, espero alabar vuestras misericordias, amándoos siempre y perseverando en vuestra gracia. Mis pasadas ingratitudes, que detesto y maldigo sobre todo mal, no sólo me servirán para llorar perpetua *y* amargamente las injurias que os he hecho, sino también me inflamarán más y más en vuestro amor, puesto que, después de haber recibido tantas injurias de parte mía, me habéis colmado de tan grandes favores. Sí, os amo, ¡oh Dios mío!, digno de infinito amor; de hoy en adelante Vos habéis de ser mi único amor y mi único bien.

Eterno Padre, por los méritos de Jesucristo, os pido la perseverancia final en vuestra gracia y en vuestro amor. Bien sé que me la concederéis siempre que os la pida. Pero ¿ quién me asegura que siempre tendré la dicha de pedírosla ? Por esto, Dios mío, os pido la perseverancia y la gracia de pedirla siempre.

¡Oh María, mi abogada, mi refugio y mi esperanza! Obtenedme Vos con vuestra intercesión la constancia de pedir siempre a Dios la perseverancia final. Obtenedme esta gracia, os lo suplico, por el amor que tenéis a Jesucristo.

PUNTO TERCERO
Tercer enemigo de la perseverancia: la carne.

Vengamos a tratar del tercer enemigo, el más rebelde de todos, esto es, la carne, y veamos cómo debemos defendernos de él. El primer medio es la oración, del cual hemos tratado más arriba. El segundo es la huida de las ocasiones, del cual quiero tratar ahora con algún detenimiento. Dice San Bernardino de Sena que, entre todos los consejos dados por Cristo, el más excelente y como el fundamento de la religión es evitar las ocasiones de pecar. El demonio, forzado por los exorcismos de la Iglesia, declaró cierto día que entre todos los sermones el que más le desagradaba era el de la fuga de las ocasiones[(1)]. Y se comprende: el demonio se ríe de todas las promesas y buenos propósitos que hace el pecador arrepentido si no se aparta de la ocasión.

La ocasión, especialmente en materia de placeres sensuales, es como una venda que se pone delante de los ojos del pecador y le impide ver los propósitos hechos, las luces recibidas y las verdades eternas; en una palabra, se lo hace olvidar todo y le vuelve ciego. Por no huir la ocasión cayeron nuestros primeros padres. Dios les había prohibido aun tocar el fruto vedado, como lo dijo Eva a la serpiente: «Mandónos Dios que no comiésemos de él ni lo tocásemos». Mas la incauta mujer «vio, cogió y comió». Eva comenzó por mirar la manzana, luego alargó la mano y después comió. El que voluntariamente se pone en peligro, en él encontrará su ruina. «El que ama el peligro perecerá en él».

Dice San Pedro que el demonio «da vueltas en torno nuestro, buscando a quien devorar»; y para entrar en un alma de la cual ha sido arrojado, ¿qué hace? «Espía una ocasión —dice San Cipriano— y busca una puerta abierta para entrar por ella». Si el alma se deja arrastrar por la ocasión, la asaltará de nuevo el enemigo y entrará en ella y la devorará. Guerrico, abad, nos advierte, muy a propósito, que Lázaro resucitó «ligado de pies y manos», y, resucitando de esta suerte, tornó a morir. Con lo cual nos quería decir que el desgraciado que resucita de la culpa ligado con la ocasión, aunque resucite, volverá a morir. El que quiere salvarse, no sólo debe abandonar el pecado, sino también la ocasión de pecar; es decir, tal compañero, tal casa, tal trato y amistad.

Pero tal vez dirás: «Ahora he mudado de vida, y en tratar con aquella persona no tengo mal fin, ni siquiera siento la más pequeña tentación.» A esto te responderé que hay, según dicen, en la Mauritania cierta clase de osos que van a caza de monos. Estos, al verse acosados por los osos, se salvan trepando por los árboles. Mas el oso, ¿qué hace? Se tiende en tierra, junto al árbol, se finge muerto. Pero tan luego como se descuelgan los monos, se levante, se arroja sobre ellos y los devora. De esta traza se vale el demonio. Adormece la tentación; mas cuando el alma corre a ponerse en la ocasión, atiza con toda su fuerza la tentación y la devora.

¡Oh, cuántas almas desgraciadas, que hacían oración, que frecuentaban los Sacramentos y que parecían y eran santas, pero que, exponiéndose a la ocasión, miserablemente cayeron en las fauces del infierno! Refieren las Historias Eclesiásticas que una piadosa matrona se dedicaba a dar honrosa sepultura a los cuerpos de los mártires; cierto día halló a uno que todavía daba señales de vida. Lo llevó a su casa y logró curarlo. Pero ¿qué aconteció a estos dos santos, que con toda razón podían llevar este nombre? Que, puestos en la ocasión, perdieron primero la gracia de Dios y después hasta la fe[2]. «Anda —le dijo el Señor a Isaías— y predica al pueblo de Israel *que toda la carne es heno*». Sobre cuyas palabras reflexiona San Juan Crisóstomo y dice: «Pon fuego a la hierba seca, ¿te atreverás a negar que la hierba arda?». «Es imposible —añade a este propósito

San Cipriano—no arder si uno está cercado de llamas». El mismo profeta Isaías nos advierte que «muestra fortaleza es como estopa lanzada al fuego». Y Salomón llama loco al que pretendiese caminar sobre brasas encendidas sin quemarse, ¿Por ventura — dice— puede un hombre andar sobre ascuas sin quemarse la planta de los pies?». Pues más loco es el que pretende ponerse en la ocasión sin caer en ella. Debemos huir del pecado como de la vista de la serpiente. Lo dice el Eclesiástico por estas palabras: «Como de la vista de la serpiente, así huye del pecado». «No sólo hemos de evitar la mordedura de la serpiente —dice Gualfrido—, sino que debemos evitar el tocarla y aun el acercarnos a ella».

Pero dirás que aquella casa y aquellas relaciones están ligadas con tus intereses. Pero ¿ no ves «¡que esta casa es para ti el camino del infierno?». O renuncias a tu salvación o tienes que renunciar a tal casa; no hay remedio. Desde el punto mismo en que tu ojo derecho es para ti causa de condenación, debes arrancarlo y arrojarlo lejos de ti. «Si tu ojo derecho —dice el Señor— es para ti motivo de escándalo, arráncatelo y arrójalo lejos de ti». Y advierte que dice *lejos de ti,* para que entiendas que hay que arrojarlo, no cerca, sirio lejos; o, lo que es lo mismo, que a todo trance hay que acabar con la ocasión.

A las personas piadosas y que se dan a Dios, dice San Francisco de Asís que el demonio no las tienta de la misma manera que a los pecadores. Al principio no se propone ligarlas con una cuerda, sino con un cabello, después con un hilo, luego con un lazo y, finalmente, con una cuerda fuerte, con que las arrastra al pecado. Y por esto el que quiere librarse de este peligro debe desde el principio romper hasta el cabello, esto es, todas las ocasiones peligrosas, como conversaciones, saludos, regalos, billetes y otras semejantes. Y hablando más en particular de los que han contraído el hábito de la impureza, no les bastará evitar las ocasiones próximas, sino que deben también evitar las remotas; de otra suerte tornarán a caer. El que con todas veras quiere salvarse debe tomar y renovar continuamente la resolución de querer separarse jamás de Dios; y para esto no debe caérsele de los labios esta sentencia de los santos: «Piérdase todo con tal que no se pierda a Dios.» Mas no basta tomar la resolución de no querer separarse de Dios; menester es también emplear los medios para no perderlo. El primero es evitar las ocasiones, del cual venimos hablando.

El segundo es frecuentar los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. En la casa que con frecuencia se barre nunca se verá inmundicia. El alma se purifica con la confesión, por cuyo medio no sólo se obtiene el perdón de los pecados, sino también ayuda poderosa para resistir a las tentaciones. En cuanto a la Comunión, es llamada Pan celestial, porque, así como el cuerpo no puede vivir sin alimento corporal, de igual manera el alma no puede vivir sin este espiritual

alimento. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre —dice Jesucristo— y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros». Por el contrario, al que con frecuencia se alimenta con este Pan le tiene prometido que vivirá eternamente. «Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente». Por esto el Concilio de Trento llamó a la sagrada Comunión «medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales».

El tercer medio es la meditación, o sea la oración mental. «Acuérdate de tus postrimerías —dice el Espíritu Santo— y nunca jamás pecarás». El que de continuo trae grabadas en la memoria las verdades eternas: la muerte, el juicio, la eternidad, no caerá en pecado. En la meditación Dios nos ilumina, como dice David: «Llegaos a El y os iluminará», y nos habla interiormente, y nos da a entender lo que debernos hacer. «La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón», dice por Oseas. La meditación es también aquella feliz hoguera donde se enciende el divino amor. «Y en mi meditación —dice David— se encenderá fuego». Además, como ya lo hemos repetido muchas veces, para perseverar en la gracia de Dios es absolutamente necesario orar siempre y pedir sin cesar las gracias que habernos menester; el que no hace oración mental, difícilmente ora, y el que no ora, ciertamente se perderá.

Es menester también emplear los medios necesarios para salvarse; de aquí nace la necesidad de tener un reglamento de vida. Por la mañana, al levantarse, hacer los actos del cristiano: actos de agradecimiento, de amor, de ofrecimiento y buen propósito, con una oración a Jesús y a María para que nos preserven aquel día de caer en pecado. Después hacer meditación y oír la santa Misa. Durante el día hacer la lectura espiritual, visitar al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Por la noche rezar el Rosario y hacer el examen de conciencia. Comulgar varias veces por semana, según el consejo del director espiritual, que se debe escoger. Sería también muy provechoso e] retirarse a una casa religiosa para hacer durante algunos días los ejercicios espirituales.

Además se debe honrar a la Virgen Santísima con algún particular obsequio, como ayunar los sábados en su honor. Llámase y es la Madre de la perseverancia, y esta gracia la promete particularmente a los que la sirven. «Los que se guían por Mí no pecarán». Sobre todos estos medios, el más principal es pedir a Dios continuamente la gracia de la perseverancia, señaladamente cuando la tentación nos acomete, invocando entonces sin cesar, mientras dura la tentación, los nombres de Jesús y de María. Si obráis de esta suerte, vuestra salvación estará asegurada; si así no obráis, ciertamente os condenaréis.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Amadísimo Redentor mío!, gracias os doy por las luces que me concedéis por los medios que para salvarme me dais a conocer. Os prometo ponerlos en práctica con gran constancia. Ayudadme con vuestro socorro para seros fiel. Veo que me queréis salvar; yo también quiero salvarme, principalmente para complacer a vuestro Corazón, que tanto desea mi salvación. No quiero, no, resistir por más tiempo al amor que me tenéis. Porque me habéis amado tanto, me habéis soportado con tanta paciencia durante el tiempo que gasté en ofenderos. Me convidáis con vuestro amor, y yo no quiero ni deseo rnas que amaros. Os amo, Bondad infinita; os amo, Bien infinito. Por los méritos de Jesucristo os pido que acabéis con jni ingratitud. Habéis comenzado, Señor, la obra de mi salvación; dignaos acabarla. «Confirma, ¡oh Dios!, esta obra que has hecho en nosotros». Dadme luces, dadme fuerza, dadme amor.

¡Oh María! Vos, que sois la tesorera de las gracias, socorredme; y puesto que quiero serviros, aceptadme por vuestro siervo y rogad a Jesús por mí. Los méritos de Jesucristo primero, y después vuestras oraciones, me han de salvar.

TRIGÉSIMOSEGUNDA CONSIDERACIÓN

DE LA CONFIANZA EN EL PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Qui me ínvenerit inveniet vital
et hauriet salutem a Domino.
El que me hallare hallará la vida
y alcanzará del Señor la salvación.

Prov., VIII,. 35..

PUNTO PRIMERO
María es una abogada poderosa para salvarnos.

¡Cuan agradecidos debemos estar a la misericordia divina por habernos dado a María por abogada, la cual puede con sus ruegos obtenernos cuantas gracias deseamos. «¡ Oh dignación soberana de nuestro Dios —exclama San Buenaventura—, que siendo nosotros culpables te constituye a Ti, oh María, abogada nuestra, para que con tus ruegos nos alcances todo lo que quieras!». Pecadores, hermanos míos, si somos reos de la .Justicia divina y nuestros pecados nos han condenado al infierno, no hay por qué desesperar ; acudamos a

esta amorosísima Madre, cobijémonos bajo su manto, y nos salvará. Lo que de nosotros pide para salvarnos es buena voluntad de mudar de vida, buena intención y una ilimitada confianza en su poder. Porque María es una abogada *poderosa,* una abogada *misericordiosa,* una abogada que *desea salvar a todos.*

Consideremos en primer lugar que María es una abogada *poderosa,* que todo lo puede con el Soberano Juez en beneficio de sus devotos. Este es un muy particular privilegio que le otorgó el mismo Juez, que es su Hijo. «Sí —dice San Buenaventura—, no deja de ser un gran privilegio el que María sea poderosísima cerca de su Hijo». Dice Juan Gersón que nada pide la Virgen Santísima a Dios, con voluntad determinada de lograrlo, que no lo alcance, y que María, en su calidad de Reina, manda a los ángeles para iluminar a sus devotos, purificarlos y perfeccionarlos. Por esto la Santa Iglesia, a fin de inspirarnos confianza en esta gran Abogada nuestra, la invoca con el nombre de Virgen poderosa: *Virgen poderosa, ruega por nosotros.*

Por qué es María tan poderosa ? Porque es la Madre de Dios. «Los ruegos de la Madre de Dios —dice San Antonino— van revestidos con cierto aire de imperio; por lo cual es imposible *que* no sean atendidos». Las oraciones de María, como Madre del Redentor, tienen cierta razón de imperio para Jesucristo, y por esto es imposible que, cuando ruega, no sean atendidos sus ruegos. San Gregorio de Nicomedia añade que nuestro Redentor atiende, benigno, a las oraciones de su Madre, como para satisfacer la obligación que le tiene por haberle dado el ser de hombre. Que por esto escribió Teófilo, obispo de Alejandría, «que el Hijo hasta agradece que su Madre le pida mercedes, porque quiere concederle cuanto le pide para recompensar el favor que Ife hizo de haberle revestido de carne humana.» Por esto exclama el mártir San Metodio: «¡Alégrate, ;oh María!, y regocíjate, que tienes por deudor al mismo Hijo de Dios. Todos nosotros somos deudores a Dios; sólo Tú lo tienes a El por deudor».

De todo esto concluía Cosme de Jerusalén «que María goza de un poder ilimitado». «Sí, es omnipotente —añade Ricardo de San Lorenzo—, porque parece cosa muy puesta en razón que la Madre participe del poder del Hijo; y como el Hijo es omnipotente, ha hecho también omnipotente a la Madre». Pero con esta diferencia: que el Hijo es omnipotente por naturaleza, al paso que la Madre lo es por gracia; es decir, que obtiene cuanto pide, según aquel célebre verso: «Lo que Dios con su imperio, lo puedes Tú, Virgen María, con tus ruegos». Concuerda con esto lo que fue revelado a Santa Brígida. Oyó un día la Santa que Jesucristo, hablando con María, le dijo estas palabras: «Pídeme, Madre mía, cuanto quieras, que no será vana tu petición». Y de ello dio la razón diciendo «que. así como Tú nada me negaste mientras vivíamos en la tierra, justo es que nada te niegue Yo ahora en el cielo». En suma: no hay nadie en el mundo,

por criminal que sea, que no pueda salvarse por la intercesión de María. «¡Oh María —le dice San Gregorio de Nicomedia—, tus fuerzas son insuperables, a fin de que la muchedumbre de los pecados no venza tu clemencia. Nada hay que pueda resistir a tu poder, porque el Creador mira tu gloria como la suya propia». «Nada os es imposible —dice San Pedro Damiano—, puesto que aún podéis salvar a los desesperados de su salvación».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Reina y Madre mía bondadosísima! «Vos sois omnipotente —os diré con San Germán— para salvar a los pecadores, y no tenéis necesidad de otra recomendación cerca de Dios, porque sois la Madre de la verdadera vida». Si pues, acudo a Vos, ¡oh Señora mía!, todos mis pecados no pueden hacerme desconfiar de mi salvación. Vos, con vuestros ruegos, alcanzáis cuanto queréis; si oráis por mí, ciertamente me salvaré. ¡Oh gran Madre de Dios!, os diré con San Bernardo, rogad por este miserable, porque vuestro Hijo atiende a vuestros ruegos y os concede todo cuanto le pedís.

Verdad es que soy pecador; pero quiero enmendarme, y me complazco en ser vuestro especial siervo. Soy indigno, lo reconozco, de vuestra protección; pero sé muy bien que no habéis desamparado a ninguno de los que en Vos han puesto su confianza. Si lo queréis, podéis salvarme; en Vos confío. Cuando me daba yo por perdido y vivía olvidado de Vos, pensabais Vos en mí y me alcanzasteis la gracia de enmendarme; ¿cuánto más no debo esperar en vuestra piedad ahora que estoy consagrado a vuestro servicio y que me encomiendo a Vos y en Vos pongo toda mi confianza?

¡Oh María!, rogad por mí y hacedme santo. Alcanzadme la santa perseverancia; haced que ame con todo mi corazón a vuestro Hijo y a Vos, Madre amabilísima. Os amo, Reina mía, y espero amaros siempre. Amadme Vos también, y con vuestro amor trocadme de pecador en santo.

PUNTO SEGUNDO
María es una abogada misericordiosa.

Consideremos en segundo lugar cómo María es una abogada tan *clemente* como poderosa, que no sabe rehusar su protección a cuantos a Ella acuden. «El Señor —dice David tiene puestos sus ojos sobre los justos»; mas «esta Madre de misericordia —dice Ricardo de San Lorenzo— tiene puestos sus ojos en los justos y en los pecadores, como la madre los tiene puestos en su hijo para que no caiga; y si por desgracia cayere, para levantarlo por su intercesión».

Decía San Buenaventura que, contemplando a María, parecía ver retratada en Ella la misma misericordia. Por esto nos exhorta San Bernardo a encomendarnos con gran confianza en todas nuestras necesidades a esta poderosa Abogada nuestra, porque es todo dulzura y bondad con los que a Ella, se encomiendan. «¿Por qué — exclama el Santo — teme acercarse a María nuestra humana flaqueza? Nada hay en Ella de austero, nada de terrible; todo en Ella es bondad». Por esto María es comparada al *olivo, como hermoso olivo en los campos*; así como del olivo no sale más que aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no brotan más que gracias y misericordias para dispensarlas a todos los que se ponen bajo su protección. Con razón, pues, llama Dionisio Cartujano a María «la Abogada de todos los pecadores que a Ella acuden». ¡Qué pena, ¡oh Dios mío, experimentará en el infierno el cristiano que se ha condenado, al pensar que podía haberse salvado con tanta facilidad recurriendo sin cesar a esta Madre de Misericordia y que entonces ya no tiene remedio! Cierto día dijo la Virgen a Santa Brígida: «Todos me llaman Madre de misericordia, y, en efecto, lo soy, porque la misericordia de mi Hijo me ha hecho misericordiosa.» Y, a la verdad, ;,a quién somos deudores de esta abogada y defensora, sino a la misericordia de Dios, que qiiiere salvarnos a todos ? «Por eso —añade María— es un desgraciado y lo será eternamente el que, pudiendo en esta vida encomendarse a Mí, que soy tan benigna y piadosa con todos, no acude a Mí y miserablemente se condena».

¿Temeremos por ventura que nos ha de negar María su favor si se lo pedimos? «No —dice San Buenaventura—, que María no sabe, ni jamás ha sabido, dejar de compadecer y ayudar a cualquier miserable que a Ella recurre». No sabe, y ni puede hacerlo, porque Dios la ha crea do para ser Reina y Madre de la misericordia; y como Reina de misericordia, está obligada a cuidar de los miserables. «Tú eres la Reina de la misericordia —la dice San Bernardo, ¿y quiénes sino los miserables son los súbditos de la misericordia?». «Y pues que Vos sois la Reina de la misericordia —prosigue diciendo el Santo con humildad— y yo el más miserable pecador, debéis tener de mí especial cuidado. Gobiérnanos, pues, ¡oh Reina de misericordia!». Es también María Madre de la misericordia, y como tal debe velar a sus hijos enfermos para librarlos de la muerte, pues su sola bondad la ha hecho Madre de todos los que sufren.

Por esto la llama San Basilio «público hospital». Los hospitales públicos están hechos para los enfermos pobres, y el más pobre tiene más derecho a ser en ellos recogido. Así María debe acoger, según San Basilio, con más cariño y con más compasión a los mayores pecadores que a Ella acuden.

No dudemos, pues, ni un instante de la misericordia de María. Un día oyó Santa Brígida al Señor que decía a su Madre: «Aun al mismo demonio concedieras

misericordia si con humildad te la pidiese». Jamás el soberbio Lucifer se humillará hasta este punto; pero si el des venturado se humillase a esta divina Madre, Ella con su intercesión lo sacaría del infierno. Con estas palabras quería el Señor dar a entender lo que después dijo la misma Virgen María a la Santa: «Cuando un pecador, por grande que sea, acude a Mí con la sincera intención de enmendarse, estoy desde luego dispuesta a recibirle; y no miro a los pecados con que viene cargado, sino sólo a la intención con que viene; y no me desdeño de ungirle y curarle todas sus llagas, porque me llamo, y *en* realidad lo soy, la Madre de misericordia». Apoyado en esto, nos alienta San Buenaventura diciendo: «Confiad en Ella, pecadores, en la seguridad de que os ha de conducir al puerto». Pobres pecadores que habéis naufragado en el mar de la culpa, no desesperéis, alzad los ojos a María, cobrad ánimo y poned vuestra confianza en la bondad de esta buena Madre.

«Busquemos la gracia —dice San Bernardo—, pero busquémosla por medio de María». La gracia que nosotros hemos perdido, María la ha hallado; «si queremos, pues, recobrarla —dice Ricardo de San Lorenzo—, debemos acudir a la que la encontró». Cuando el arcángel San Gabriel anunció a la Virgen Santísima que había de ser Madre de Dios, entre otras cosas lo dijo: «No temas, María, que has hallado la gracia». Pues si la Virgen jamás estuvo privada de la gracia, puesto que siempre estuvo llena de ella, ¿cómo pudo decir que la había hallado? A esto responde el cardenal Hugo que María no halló la gracia para Sí, porque siempre la había tenido, sino para nosotros, que la habíamos perdido. «Por eso debernos acudir a María —dice el citado autor— y decirle: «Bien sabéis, Señora, que los bienes hay que restituirlos al que los ha perdido; la gracia que habéis hallado no es vuestra, porque jamás la habéis perdido, sino que es nuestra, que la hemos perdido por el pecado; por consiguiente, debéis devolvérnosla.» Acudan, pues, los pecadores, acudan presurosos a los pies de María, pues pecando perdieron la gracia, y díganle sin temor: «Restituidnos lo que has hallado, que es nuestro».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh gran Madre de Dios!, he aquí postrado a vuestros pies a un gran pecador que no una, sino mil veces ha perdido la divina gracia, que vuestro. Hijo le había merecido con su muerte preciosísima. ¡Oh Madre de misericordia!, a Vos acudo con el alma herida y llagada. No os desdeñéis de recibirme por esta causa, sino moveos por ello a mayor compasión y ayudadme. Mirad que todo lo fío a Vos; no me abandonéis.

No os pido bienes de la tierra, os pido la gracia de Dios y el amar a vuestro Hijo. Madre mía, rogad por mí y no ceséis de encomendarme a Dios. Los méritos

de Jesucristo y vuestra intercesión me han de salvar. Oficio vuestro es interceder por los pecadores. «¡ Oh Abogada nuestra —os diré con Santo Tomás de Villanueva—, cumple tu oficio», encomendadme a Dios y defendedme. No hay causa, por desesperada que sea, que se pierda cuando Vos la defendéis. Ya que sois la esperanza de los pecadores, sed también la esperanza mía.

¡Oh María!, yo no me cansaré de serviros, de amaros y de recurrir siempre a Vos; y Vos no ceséis de socorredme, especialmente cuando me vea en peligro de volver a perder la gracia de Dios. ¡Oh María, oh gran Madre de Dios!, tened compasión de mí.

PUNTO TERCERO
María es una abogada que a todos defiende.

Consideremos en tercer lugar cómo María es una Abogada tan bondadosa, que no sólo ayuda a los que a Ella acuden, sino que va por Sí misma buscando desgraciados para ampararlos y salvarlos. A todos nos llama y nos alienta a esperar todo bien si acudimos a Ella. *En Mí* —dice— *está toda esperanza de vida y de virtud; venid a Mí todos*. Comentando el devoto Pelbarto este pasaje, dice que «llama a todos, así a los justos como a los pecadores». «El demonio —como dice San Pedro— *nos asedia en busca de víctimas que devorar*». «Pero esta divina Madre —dice Bernardino de Bustos— va buscando a quien poder salvar». María es Madre de misericordia, y su bondad y compasión son tales, que vela solícita por salvarnos, bien así como una madre que no puede ver en peligro de perderse a uno de sus hijos sin prestarle auxilio. «¿Y quién —pregunta San Germán—, quién, después de vuestro Hijo Jesús, se interesa más que Vos por la salvación del género humano?». A lo cual añade Sari Buenaventura que María «se muestra tan solícita en socorrer a los miserables, que parece no tener más ambición que socorrerlos».

Ciertamente socorre a los que acuden a Ella, y es «tanta su benignidad — como dice el Iliota—, que a nadie rechaza». Pero no se contenta con esto el misericordioso Corazón de María; se anticipa a nuestros ruegos, como dice Ricardo de San Víctor, y antes que imploremos su ayuda ya nos la tiene concedida. Y añade el mismo autor «que María está tan llena de misericordia, que, apenas ve una miseria, luego la alivia, y no consiente su Corazón ver una pena sin acudir presurosa con su ayuda». De esta suerte obraba cuando vivía en este mundo, como lo manifestó en el hecho de las bodas de Cana de Galilea; al entender que faltaba vino, no esperó a que se lo pidiesen, sino que, compadecida de la vergüenza y aflicción de los esposos, rogó a su Hijo que los consolara, diciéndole: *No tienen vino*. Al momento alcanzó de su Hijo que milagrosamente convirtiese el agua en vino. «Por consiguiente —concluye San Buenaventura—,

si tan grande era la piedad de María para con los afligidos mientras vivía en la tierra, ¿cuánto mayor no será ahora que está en el cielo, donde conoce mejor nuestras miserias y más se compadece de ellas?». A esto añade Novarino una muy atinarla reflexión: «Si María, sin ser rogada, se mostró tan pronta y tan solícita, ¿cuánto más solícita, y pronta estará a socorrer a quien la invoca?».

¡Ah! No dejemos de acudir en todas nuestras necesidades a esta divina Madre, a la cual, como dice Ricardo de San Lorenzo, hallarás siempre dispuesta a otorgar su favor a quien se lo pida. Y Bernardino de Bustos añade: «Que más desea María concedernos gracias que nosotros recibirlas»; y prosigue diciendo «que cuantas veces acudamos a Ella la hallaremos siempre con las manos llenas de gracias y misericordias.»

Es tan grande el deseo que tiene la Virgen Santísima de hacernos bien y salvarnos, que San Buenaventura llega a decir «que pecan contra Ella, no sólo los que la injurian positivamente, sino también los que no le piden gracias». Y, por el contrario, afirma el Santo Doctor que el que acude a María, se entiende siempre con voluntad de enmendarse, puede darse por salvo; por esto la llama «salud de los que la invocan». Acudamos, pues, en todas nuestras necesidades a esta divina Madre, y digámosle con San Buenaventura: En Ti, Señora, esperé; jamás quedaré confundido. ¡Oh Señora y Madre de Dios, María!, habiendo puesto en Vos mi esperanza, no me condenaré.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh María! Ved aquí a vuestros pies a un miserable esclavo del infierno que implora vuestra piedad. Bien sé que no merezco gracia alguna; pero Vos sois la Madre de la misericordia, y ésta se ejerce con los que no la merecen. Todos os llaman esperanza y refugio de pecadores; sed, pues, mi refugio y la esperanza mía. Soy una oveja perdida, pero para salvar a esta oveja perdida bajó del cielo a la tierra el Verbo eterno y se hizo vuestro Hijo, y ahora quiere que acuda a Vos y me ayudéis con vuestros ruegos.

«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores.» ¡Oh gran Madre de Dios! Vos rogáis por todos, rogad también a vuestro Hijo por mí. Decidle que soy devoto vuestro y que Vos me protegéis; decidle que tengo en Vos puesta toda mi esperanza; decidle que me perdone, pues me arrepiento de todas las injurias que le he hecho; decidle, pues es misericordioso, que me dé la santa perseverancia; decidle que me conceda la gracia de amarle siempre con todo mi corazón; decidle, en fin, que Vos me queréis salvar, pues El hace cuanto le pedís.

¡Oh María, esperanza mía!, en Vos confío: tened compasión de mí.

TRIGESIMOTERCERA CONSIDERACIÓN

DEL AMOR DE DIOS

Nos ergo diligamus Deum,
quoniam Deus prior dilexit nos.
Amemos, pues, a Dios, que Dios
nos amó el primero

·Jo., IV. II

PUNTO PRIMERO
Nadie nos ha amado tanto como Dios.

Considera en primer lugar que Dios merece que le ames, porque El te ha amado antes que tú le amases y ha sido el primero en amarte. *Con amor perpetuo te amé*. Los primeros en amarte en este mundo fueron tus padres, pero ellos no te amaron mientras no te conocieron. Mas antes de existir, Dios ya te amaba. No vivían todavía en el mundo ni tu padre ni tu madre, y Dios ya te amaba; todavía el mundo no existía, y Dios ya tramaba; ¿y cuánto tiempo antes de que el mundo existiese te amaba Dios? ¿Por ventura mil años? ¿Acaso mil siglos antes ? No hay para qué contar años y siglo: El te ha amado desde toda la eternidad. *Con amor perpetuo te amé, y por eso te atraje a Mí, misericordioso*. En una palabra, Dios te ama desde que es Dios, y te ha amado a ti desde que comenzó a amarse a Sí mismo. Sobrada razón, pues, tenía la virgen Santa Inés al decir: «Otro amante antes que tú se ha cautivado mi amor.» Y cuando el mundo y las criaturas solicitaban su amor, respondía: «No, mundo; no, criaturas, no puedo amaros; pues que Dios ha sido el primero en amarme, justo es que a El le consagre todos los afectos de mi corazón».

Así, pues, hermano mío, Dios te ha amado desde toda la eternidad, y únicamente por puro amor te ha escogido entre tantos hombres como podía crear, y te ha dado el ser, y te ha puesto en el mundo. También por amor tuyo ha creado tantas otras hermosas criaturas, poniéndolas a tu servicio, para que te trajesen a la memoria el amor que te ha tenido y que tú le debes. «El cielo y la tierra —exclamaba San Agustín— y todo lo que hay en ella me están diciendo que te ame». Cuando el Santo se ponía a contemplar el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los montes y los valles, parecíale que todas las criaturas le hablaban y le decían: «Agustín, ama a Dios, porque si a nosotras nos ha creado es por ti, es para que le ames.» Cuando el abad Rancé, fundador de la Trapa, se detenía a mirar las colinas, y las fuentes, y las flores, decía que todas estas criaturas le recordaban el amor que Dios le había tenido. De igual suerte hablaba Santa Teresa[(3)], y decía

que las criaturas le echaban en cara su ingratitud para con Dios. Cuando Santa María Magdalena de Pazzi tomaba en la mano una hermosa flor o un sazonado fruto, sentía su corazón herido con la saeta del divino amor y exclamaba : «¿Es posible que mi Dios haya pensado desde toda la eternidad en crear esta flor, este fruto, por mi amor?».

Considera, además, el particular amor que Dios ha tenido haciéndote nacer en país cristiano y en el gremio de la Santa Iglesia. ¡Cuántos hay que nacen entre idólatras, judíos, mahometanos y otros herejes, y todos se pierden! Bien pocos son los hombres que tienen la suerte de nacer donde reina la verdadera fe; y entre estos pocos el Señor te ha escogido a ti. ¡Oh cuan grande don es el don de la fe! ¡Cuántos millones de personas viven sin Sacramentos, sin oír la divina palabra, privados de los ejemplos de buenos compañeros y de todos los otros auxilios que hay en la Iglesia de Dios para salvarnos! El Señor se ha dignado concederte todos estos favores sin mérito alguno de tu parte, y aun previendo todos tus pecados; porque mientras pensaba crearte y concederte todas estas gracias, preveía también las injurias que habías de hacerle.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Soberano Señor del cielo y de la tierra, Bien infinito, Majestad infinita! ¿Cómo os desprecian tanto los hombres, después de haberlos amado con tan grande amor ? Mas entre todos los hombres me habéis amado a mí con particular amor, otorgándome gracias especiales que no habéis concedido a tantos otros, y yo, en cambio, os he menospreciado más que todos ellos.

A vuestros pies me postro, ¡oh Jesús y Salvador mío!; «no me arrojes de tu presencia». Bien lo merecería por las ingratitudes que con Vos he usado; mas Vos habéis dicho que *el que viene a Mí* con corazón contrito *no lo desecharé*. Me arrepiento, Jesús mío, de haberos ofendido; en lo pasado no quise conoceros; pero ahora os reconozco por mi Señor y Redentor, que por salvarme y conquistar mi amor habéis dado la vida. ¿Cuándo acabaré, Jesús mío, de seros ingrato? ¿Cuándo comenzaré a amaros de veras ?

Mirad, Señor, que de hoy en adelante resuelvo amaros con todo mi corazón y no amar más que a Vos. Os adoro, ¡oh Bondad infinita!, por todos los que no os adoran y os amo por todos los que no os aman. Creo en Vos, espero en Vos, os amo a Vos y a Vos me ofrezco enteramente; ayudadme con vuestra gracia. Conocida tenéis mi debilidad. Y si tanto me habéis favorecido cuando no os amaba ni deseaba amaros, ¿cuánto más no debo esperar en vuestra misericordia ahora que os amo y, que todo mi afán es amaros? Señor mío dadme vuestro amor, pero un amor fervoroso que me haga olvidar de todas las criaturas, un

amor fuerte que me haga basar por todas las dificultades a trueque de daros gusto, un amor perpetuo que tenga siempre unido mi corazón al vuestro.

¡Oh Jesús mío!, todo lo espero de vuestros méritos; y todo lo espero también de vuestra intercesión, ¡oh María, Madre mía!

PUNTO SEGUNDO
Dios nos ama hasta el extremo de darse todo a nosotros.

Mas no se contentó Dios con habernos dado tan hermosas criaturas, sino que El mismo se nos ha dado todo entero. «Nos amó —dice San Pablo— y por nosotros se entregó a la muerte». El maldito pecado nos había privado de la divina gracia y del paraíso y nos había hecho esclavos del infierno. Mas el hijo de Dios, por un prodigio de amor que asombró al cielo y a la tierra, bajó a este mundo, y se hizo hombre, para rescatar al hombre de la muerte eterna, devolverle la gracia perdida y abrirle las puertas del paraíso. ¿No fuera gran maravilla ver a un gran monarca trocarse en gusano por amor a los gusanos? Pues maravilla infinitamente mayor es contemplar a Dios hecho hombre por amor a los hombres. «Se anonadó a Sí mismo —dice San Pablo—, tomando forma de siervo, y se redujo a la condición de hombre». ¡Un Dios revestido de nuestra carne! «Y el Verbo se hizo carne», corno dice San Juan.

Pero todavía el prodigio es mayor si consideramos lo que el Hijo de Dios ha hecho y padecido por nuestro amor. Bastábale, para redimirnos, derramar una sola gota de sangre, una lágrima; bastábale una oración, porque, siendo de valor infinito, por proceder de persona divina, era harto suficiente para salvar al mundo y a infinitos mundos. «Pero no —dice San Juan Crisóstomo—; lo que bastaba para nuestra redención no bastaba para declararnos el amor que nos tenía». Jesucristo no sólo quería salvarnos, sino que, amándonos con entrañable amor, quería que nosotros le correspondiéramos con el nuestro; y con este fin eligió una vida llena de trabajos, menosprecios y humillaciones, y una muerte, entre todas, la más terrible y espantosa, para darnos a entender el amor infinito que ardía en su Corazón. «Se humilló a Sí mismo —dice Sari Pablo—, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». ¡Oh exceso del amor divino, que jamás llegarán a comprender todos los hombres y ángeles juntos! Digo *exceso,* porque así puntualmente lo llamaron Moisés y Elías en el Monte Tabor, hablando de la Pasión de Jesucristo. «Exceso de dolor y exceso de amor», exclama San Buenaventura. Si nuestro divino Redentor no hubiera sido Dios, sino simplemente uno de nuestros parientes o amigos, ¿qué mayor prueba podía darnos de su afecto que morir por nosotros? «Nadie tiene más grande amor que el que da la vida por sus amigos». Si Jesucristo hubiera tenido que salvar a su

mismo Padre, ¿qué más podía haber hecho por su amor? Si tú, hermano mío, hubieras sido Dios y el Creador de Jesucristo, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer por ti que sacrificar su vida, anegado en un mar de dolores y desprecios? Si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por ti lo que hizo Jesucristo, ¿podrías vivir sin amarlo?

Pero dime, ¿crees en la Encarnación y muerte de Jesucristo? ¿Lo crees y no le amas? ¿Y podrás amar otra cosa fuera de Jesucristo ? ¿Por ventura dudas de su amor? Pues advierte lo que te dice San Agustín: «Que a este fin vino Jesucristo a padecer y morir por ti, para hacerte comprender el inmenso amor que te tiene». Antes de la Encarnación podría el hombre dudar que Dios le amase con ternura; pero después de la Encarnación y muerte de Jesucristo, ¿cómo podemos dudar de ello? ¿Cómo podrá demostrarnos mejor su afecto que sacrificando por nosotros su vida divina? ¡Estamos ya acostumbrados a oír hablar de la Redención, de un Dios colocado en un pesebre, de un Dios muerto en una cruz! ¡Oh santa fe, alumbra nuestras almas!

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío!, habéis hecho cuanto podíais hacer para obligarme a amaros, y yo, por mi parte, he procurado con mi ingratitud poneros en la obligación de abandonarme. Sea por siempre bendita vuestra paciencia, que por tanto tiempo me ha tolerado. Bien merecido tengo un infierno creado a propósito para mí; pero vuestra muerte es toda mi confianza. Hacedme comprender, ¡oh sumo Bien!, cuántos títulos tenéis a mi amor y la obligación que tengo de amaros. Bien sabía yo. Jesús mío, que Vos habíais muerto por mí; ¿y cómo he podido, ¡oh Dios mío!, vivir durante tantos años olvidado de Vos? Si tornase de nuevo a nacer, querría, Señor, emplear en serviros todos los años de mi vida. Pero ya que estos años no volverán, haced que todo el tiempo que me resta de vida lo consagre a amaros y complaceros.

Carísimo Redentor mío, os amo con todo mi corazón; pero aumentad este mi amor; traedme, sin cesar, a la memoria lo que habéis hecho por mí, y no permitáis que persevere en mi ingratitud. No, no quiero resistir a las luces que me habéis dado; queréis que os ame, y yo también quiero amaros. ¿Y qué he de amar, si no amo a un Dios que es belleza infinita e infinita Bondad, a un Dios que ha muerto por mí, a un Dios que con tanta paciencia me ha sufrido, a un Dios que en lugar de castigarme, como lo merecía, ha trocado los castigos en gracias y favores? Os amo, ¡oh Dios mío!, digno de infinito amor, y mi único anhelo y mi único suspiro es vivir ocupado en amaros y olvidado de todo lo demás. ¡Oh

caridad infinita de mi Señor!, socorred a un alma consumida por el deseo de ser enteramente vuestra.

Socorredme también Vos, ¡oh María!, augusta Madre de Dios, con vuestra intercesión. Pedid a vuestro Jesús que me haga todo suyo.

PUNTO TERCERO
Dios nos amó hasta llegar a morir por nosotros.

Nuestra admiración subirá de punto si consideramos el ardentísimo deseo que tenía Jesucristo de padecer y morir por nosotros. Por esto durante su vida dijo: «Con un bautismo tengo de ser bautizado; ;y cómo traigo oprimido mi corazón hasta que no se cumpla!». «Tengo de ser bautizado con bautismo de mi propia sangre, y me consume el deseo de que llegue pronto la hora de mi Pasión y muerte, a fin de que comprenda el hombre el amor que le tengo.» Este mismo deseo le hizo decir en la noche que precedía a su Pasión: «Con deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual». «De manera que parece —dice San Basilio de Seleucia— que nuestro Dios no puede calmar la sed que le devora de amar al hombre».

¡Oh Jesús mío! Los hombres no os aman porque no piensan en el amor que les habéis tenido. ¡Ah! Si un alma se parase a contemplar a un Dios muerto por su amor, y con un deseo insaciable de morir para demostrarle el amor que le tiene, ¿cómo es posible que pueda vivir sin amarle ? *La caridad de Cristo* —dice San Pablo— *nos hace fuerza*. No es tanto lo que Jesuicristo ha hecho y padecido por nosotros lo que nos fuerza y nos obliga a amarle, sino el amor que en padecer por nosotros nos ha manifestado. Considerando esto, exclamaba San Lorenzo Justiniano: «Hemos visto a la sabiduría misma, al mismo Dios, como loco de amor por el amor excesivo que tiene a los hombres». ¿Quién pudiera creer, si la fe no nos lo asegura, que el Creador ha querido morir por sus criaturas? Arrebatada en éxtasis Santa María Magdalena de Pazzi, con un Crucifijo en las manos, llamaba a Jesucristo loco de amor. «En verdad, Jesús mío —repetía —, que estás loco de amor». Esto mismo decían los gentiles, y cuando oían predicar la Pasión y muerte de Jesucristo la tenían por locura y se resistían a creerla, como lo atestigua San Pablo: «Predicamos a Jesucristo crucificado, lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura a los gentiles». «¿Quién podrá creer —decían— que un Dios felicísimo, que de nadie necesita, haya podido descender a la tierra y hacerse hombre y morir por amor de los hombres, sus criaturas? Esto equivaldría a creer que Dios se ha vuelto loco por los hombres.» Y, sin embargo, es de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, por amor nuestro se entregó a la muerte. «Nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros».

¿Por qué obró de esta suerte? A fin de que vivamos, no para el mundo, sino para aquel Señor que se ha dignado morir por nosotros «Por todos nosotros murió Cristo —dice San Pablo—, para que los que tienen vida no vivan para sí, sino para Aquel que por nosotros murió». Obró de esta suerte para poder, con el amor que nos ha manifestado, granjearse todos los afectos de nuestro corazón. «Porque a este fin Cristo murió y resucitó —añade el Apóstol—, para enseñorearse de vivos y muertos».

Por esto los santos, al meditar la Pasión de Jesucristo, creían hacer bien poco dando todo y hasta su vida por amor de un Dios tan amante. ¡Cuántos hombres ilustres, cuántos príncipes han abandonado parientes, riquezas, patria, los cetros y coronas, para sepultarse en un claustro y vivir allí amando a Jesucristo! ¡Cuántos mártires han sacrificado su vida! ¡Cuántas vírgenes, renunciando a la mano de los príncipes, han corrido presurosas a la muerte, para responder, en la medida que podían, al afecto que les había demostrado un Dios muerto por su amor!

Y tú, hermano mío, ¿qué has hecho hasta ahora por amor de Jesucristo? Así como El ha muerto por los santos: por San Lorenzo, por Santa Lucía, por Santa Inés, ha muerto igualmente por ti. ¿Qué piensas hacer en lo que te resta de vida, y que Dios benignamente te concede para que le ames? De hoy en adelante contempla a menudo el Crucifijo, y, al contemplarlo, trae a la memoria el amor que te ha tenido y dile interiormente: «¡Conque Vos, Dios mío, habéis muerto por mí!» Haz esto a lo menos, pero hazlo con frecuencia, y obrando así te sentirás dulcemente obligado a amar a un Dios que tanto te ha amado.

AFECTOS Y PETICIONES

Amadísimo Redentor mío! Es verdad que si no os he amado es porque no he pensado en el amor que me habéis tenido. ¡Oh Jesús mío!, harto ingrato he sido con Vos. Por mí habéis muerto con la más amarga de todas las muertes, y yo he sido tan desagradecido, que ni siquiera he querido pensar en ello. Perdonadme, que yo os prometo, Amor mío crucificado, que de hoy en adelante Vos seréis el único objeto de mis pensamientos y de todos mis afectos. Y cuando el demonio o «1 mundo me brinden con algún fruto vedado, recordadme, amantísimo Salvador mío, los trabajos que habéis padecido por mi amor, a fin de que os ame y no vuelva a ofenderos.

¡Ah! Si uno de mis criados hubiera hecho por mí lo que Vos habéis llevado a cabo, ¿cómo tendría valor para darle un disgusto? ¿Y cómo he tenido valor para ofenderos a Vos tantas veces, después de haber muerto por mí ? ¡Oh hermosas llamas del divino amor, que obligasteis a un Dios a dar la vida por mí!, venid, inflamad y abrasad mi corazón y purificadle de todos los afectos a las cosas

creadas. ¡Amantísimo Redentor mío!, ¿cómo es posible que os contemple reclinado en el pesebre de Belén, o suspendido de la cruz en el Calvario, o encerrado en los Sagrarios de nuestros altares y no me enamore de Vos?

¡Oh Jesús mío!, os amo con todo mi corazón; en los años que me restan de vida. Vos sólo seréis mi único amor, pues sobrados años he pasado miserablemente olvidado de vuestra Pasión y de vuestro amor. A Vos me entrego todo entero, y si no me doy a Vos, como debo, apoderaos de mi corazón y reinad en él como dueño *y* Señor. «Venga a nos el tu reino.» Quiero ser esclavo de vuestro amor; no quiero pensar, ni hablar, ni tratar, ni suspirar más que por amaros y complaceros. Asistidme siempre con vuestra gracia, para que sea fiel a mis promesas. Todo lo fío a vuestros méritos, ¡oh Jesús mío!

¡Oh Madre del Amor Hermoso!, haced qué ame con todo mi corazón a vuestro Hijo, que es tan amable y que tanto me ha amado.

TRIGESIMOCUARTA CONSIDERACIÓN

DE LA SANTA COMUNIÓN

Accipite comedite, hoc est
Caorpus Meum
Tomad y comed, este es mi
Cuerpo
Mt., 26, 26.

PUNTO PRIMERO
Del gran don de la Eucaristía.

Tres cosas hemos de considerar en la Eucaristía: el gran don del Santísimo Sacramento, el grande amor que Jesucristo nos ha manifestado al darnos este don y el gran deseo que tiene de que recibamos este don por excelencia.

Consideremos en primer lugar la grandeza del don que nos ha hecho Jesucristo dándosenos a Sí mismo en alimento en la santa Comunión. «Aunque Jesucristo es omnipotente —dice San Agustín—, no puede darnos más». «¿Y qué mayor tesoro —añade San Bernardino de Sena— podrá desear o recibir un alma que el cuerpo sacrosanto de Jesucristo?». «Dad a conocer —exclama Isaías— a las gentes sus designios». Publicad, ¡oh hombres', las amorosas invenciones de nuestro Dios. Si nuestro divino Redentor no nos hubiera

hecho este don, ¿quién se hubiera atrevido a pedírselo? ¿quién hubiera jamás tenido la osadía de decirle: «Si queréis, Señor, darnos a conocer vuestro amor, ocultaos bajo las apariencias de pan y permitid que os recibamos como alimento»? El, sólo pensarlo se tendría por locura. «Porque, a la verdad, ¿no parece insigne locura —nota San Agustín— decir: «Comed mi carne, bebed mi Sangre?». Cuando Jesucristo reveló a los discípulos este don del Santísimo Sacramento que intentaba darles, no pudieron alcanzar a comprenderlo, y se separaron de El diciendo: «¿Cómo puede Este darnos a comer su propia carne? Dura es esta doctrina; ¿quién podrá oírla?». Mas lo que los hombres no pudieron siquiera imaginar, lo ha pensado y llevado a cabo el grande amor de Jesucristo.

El Señor se ha quedado en este Sacramento como recuerdo del amor que en su Pasión nos manifestó. Por eso San Bernardino llama a este Sacramento «el memorial de su amor». Esto es muy conforme con lo que dijo el mismo Jesucristo *por* San Lucas: «Haced esto en memoria mía»: «No se contentó con esto— dice San Bernardino—, sino que, ardiendo Jesucristo de amor por nosotros, no quedó satisfecho su amor con darnos su vida por nuestra salud sino que se vio como forzado por el ímpetu del amor a ejecutar antes de morir la obra más estupenda que jamás había obrado, cual era darnos en alimento su sacratísimo cuerpo». Dice el abad Guérrico «que Jesucristo, instituyendo este Sacramento, hizo el último esfuerzo de amor en favor de sus amigos». Mejor se expresa todavía el Concilio de Trento, diciendo «que Jesucristo quiso como derramar sobre los hombres todos los tesoros de su amor».

«¿Qué fineza tan grande de amor no fuera —dice San Francisco de Sales— si un príncipe, estando a la mesa, mandase aun pobre una porción de sus platos? ¿Qué si le mandase toda su comida? ¿Qué, finalmente, si le mandase como manjar un pedazo de carne arrancado de su propio brazo?» Pues bien, Jesucristo en la santa Comunión nos da en alimento, no un plato de su mesa, no una parte dé su cuerpo, sino toda su carne sacrosanta. «Tomad *y* comed —nos dice—, éste es mi cuerpo». Y junto con su cuerpo nos da también su alma y su divinidad; de suerte que, al dársenos el Señor en este Sacramento, «nos da todo lo que tiene— dice San Juan Crisóstomo—, sin reservarse nada para Sí». Y el Doctor Angélico añade: «Dios nos ha dado en la Sagrada Eucaristía todo lo que es y todo lo que tiene». «He aquí —exclama admirado San Buenaventura— a nuestro soberano Señor, a quien el mundo entero no es bastante a contener; helo aquí que en el Santísimo Sacramento se queda como nuestro prisionero». Si el Señor se nos da todo entero en la Eucaristía, ¿cómo podemos temer que nos niegue ninguna gracia que le pidamos? «¿Cómo dejará de darnos con El cualquiera otra cosa?».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Qué es lo que os ha movido a darnos vuestro Cuerpo en alimento? Y después de este don, ¿ os queda más que dar para obligarnos a amaros? ¡Ah Señor!, dadme luces y hacedme comprender el exceso de amor que os movió a convertiros en alimento para uniros con nosotros, miserables pecadores. Mas si Vos os habéis dado al hombre todo entero, justo es que el hombre se entregue enteramente a Vos. ¡Oh Redentor mío!, ¿y cómo he podido ofenderos a Vos, que tanto me habéis amado y que nada habéis perdonado para granjearos mi amor? Por mí os hicisteis hombre, por mí moristeis, por mí os trocasteis en alimento; ¿qué más, decidme, os queda que hacer? Os amo, Bondad infinita; os amo, Amor infinito. Venid, Señor, con frecuencia a mi alma e inflamadla en vuestro santo amor; haced que me olvide de todo para no pensar más que en Vos.

¡Oh Santísima Virgen María!, rogad por mí, y con vuestra intercesión hacedme digno de recibir con frecuencia a vuestro Hijo en el Santísimo Sacramento.

PUNTO SEGUNDO
Del amor con que Jesucristo nos otorgó este don de la Eucaristía.

Consideremos, en segundo lugar, el grande amor que Jesucristo nos manifestó al hacernos este don. El Santísimo Sacramento es un don que procede únicamente del amor. Para salvar a] hombre fue necesario, según los divinos decretos, que el Redentor muriese y aplacase con el sacrificio de su vida a la divina Justicia, irritada por nuestros pecados. Pero ¿qué necesidad había que Jesucristo, después de su muerte, se nos diese como alimento? Mas así lo quiso el amor. «Jesucristo —dice San Lorenzo Justiniano— instituyó la Eucaristía para darnos a entender el inmenso amor que nos tiene». Esto es cabalmente lo que dice San Juan: «Sabiendo Jesucristo que había llegado la hora de pasar de éste mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos, los amó hasta el fin». Al saber nuestro amoroso Redentor que había llegado la hora de su muerte, quiso dejarnos la mayor prueba que nos podía dar de su amor, que fue este don del Santísimo Sacramento. Aquellas palabras de San Juan, *los amó hasta el fin,* significan, según la explicación de Teofilaeto y San Juan Crisóstomo, «que amó a los hombres con extremado amor, con amor sumo».

Adviértase, además, como lo nota el Apóstol, la ocasión en que Jesucristo instituyó este Sacramento, que fue en el tiempo de su muerte. «En aquella misma noche en que debía ser vendido, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y dijo:

«Tomad y comed, éste es mi cuerpo». Mientras que los hombres se preparaban para azotarle, coronarle de espinas y hacerle morir en cruz, nuestro amoroso Redentor quiso darles esta última prueba de su amor. ¿Y por qué en la muerte y no antes instituyó este Sacramento ? «Lo hizo —dice San Bernardino—porque los testimonios de afecto que se dan a los amigos en los solemnes momentos de la muerte, fácilmente se graban en la memoria y se tienen en más aprecio».

Jesucristo —dice el Santo— ya antes se nos había dado de muy diversas maneras: por compañero, por maestro, por padre, por guía, por ejemplo, por víctima: «pero el dársenos en alimento fue el último grado de amor, porque no puede darse unión más cabal y perfecta que la unión que hay entre el manjar y aquel que lo come». Por manera que nuestro Redentor no se contentó solamente con unirse a nuestra naturaleza humana: quiso hallar la manera de unirse por medio de este Sacramento con todos y cada uno de los hombres en particular.

«En ninguna otra acción —dice San Francisco de Sales— puede considerarse a nuestro amantísimo Redentor ni más tierno ni más amoroso que en ésta, en la cual se aniquila, por decirlo así, y se convierte en alimento para introducirse en nuestras almas y unirse al corazón de sus fieles». «De suerte que por medio de la Comunión nos unimos —dice San Juan Crisóstomo— con aquel Señor en cuyo rostro no se atreven a fijar sus miradas los mismos serafines, y quedamos hechos con El un mismo cuerpo y una misma carne». «¿Hay por ventura algún pastor —añade el Santo— que alimente a sus ovejas con su propia sangre? Pero ¡qué digo un pastor! ¿Cuántas madres hay que entregan sus hijos a las nodrizas para que los alimenten! Mas Jesucristo, en el Santísimo Sacramento, no consintió en esto, sino que nos alimenta con su propia sangre. ¿Por qué se hizo alimento nuestro? —prosigue diciendo el Santo—. Porque nos amaba con ardor, y por esto quiso unirse a nosotros de tal suerte que nosotros y El no fuésemos más que una cosa: esto es, de amadores amantes por todo extremo».

Jesucristo, pues, quiso obrar el mayor de los milagros. «Memoria eterna dejó de sus maravillas —dice el Salmista—: ha darlo alimento a los que le temen», a fin de satisfacer el ansia amorosa que tenía de estar con nosotros y de unir al nuestro su adorado Corazón. «¡ Oh Dios, enamorado de nuestras almas! —exclama San Lorenzo Justiniano—, de tal manera quisiste incorporarnos con tu carne virginal, que tu Corazón y el nuestro, unidos entre sí, no formasen más que uno». Decía el Padre De la Colombiére, gran siervo de Dios, que, «si alguna cosa hiciera vacilar su fe en el misterio de la Eucaristía, no dudaría del poder de Cristo, sino más bien del amor que nos ha manifestado en este Sacramento. Cómo el pan se convierte en la carne de Cristo, cómo está a la vez en muchos lugares, lo comprendo —añadía—, porque Dios lo puede todo. Pero si me preguntaran cómo ama Jesucristo al hombre con tan extremado amor, hasta llegar a hacerse su alimento,

no acertaría a responder; diría que no lo entiendo y que el amor de Jesucristo es incomprensible.» Pero, Señor, que tan grande exceso de amor, cual es convertiros en nuestro alimento, no conviene a vuestra Majestad; pero «el amor —responde San Bernardo— hace olvidarse al amante de su propia dignidad». El amor —dice también el Crisóstomo— no busca razones de propia conveniencia cuando trata de darse a conocer al amado; va, no adonde le conviene, sino adonde se siente arrastrado». Razón, pues, tenía Santo Tomás de llamar a este Sacramento «Sacramento de amor y prenda de caridad»; y San Bernardo: «Amor de los amores». Santa Magdalena de Pazzi llamaba *día de amor* el día del Jueves Santo, en que fue instituido este Santísimo Sacramento.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh amor infinito de Jesús, digno de infinito amor! ¡Ay! ¿Cuándo os amaré como Vos me habéis amado a mí? A la verdad, nada más podéis añadir a vuestro amor para obligarme a aMiaros; y yo, con todo, he tenido valor de abandonaros a Vos, Bien infinito, para ir en pos de bienes viles y miserables. Dadme luces, ¡oh Dios mío!; descubridme de continuo la grandeza de vuestro amor, a fin de que acabe por enamorarme de Vos y trabaje sin cesar por agradaros. Os amo, ¡oh Jesús, amor mío y mi todo!; quiero unirme con frecuencia a Vos en este Sacramento, para desprenderme de todo y amaros a Vos sólo, vida mía. Ayudadme, ¡oh Redentor mío!, por los méritos de vuestra Pasión.

Ayudadme también Vos, ¡oh Madre de Jesús y Madre mía!; decidle que me inflame del todo en su santo amor.

PUNTO TERCERO
Del gran deseo que tiene Jesucristo de que le recibamos en la Comunión.

Consideremos en tercer lugar el gran deseo que tiene Jesucristo de que le recibamos en la santa Comunión. *Sabiendo Jesucristo que había llegado su hora;* mas ¿cómo podía llamar Jesucristo *su hora* aquella en que debía dar comienzo a su amarguísima Pasión? La llamó *suya,* porque en aquella noche había determinado dejarnos este divinísimo Sacramento, por medio del cual quería unirse todo entero a sus almas queridas. Por lo cual les dijo a sus discípulos: «Con gran deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua». Con estas palabras nos quería dar a entender el deseo y ansia vivísima que tenía de unirse con nosotros en este Sacramento. Aquellas palabras: *con gran deseo he deseado,* «fueron voces —dice San Lorenzo Justiniano— del amor inmenso que nos tenía». Y para que con mayor facilidad pudiéramos recibirle, quiso ocultarse bajo las apariencias, de pan; si se hubiera dado bajo la especie de algún alimento de

mucho precio, los pobres quedaran privados de él, así como tampoco hubieran podido recibirle de haber escogido otro alimento no precioso, pero que no hubiera podido hallarse en todos los lugares de la tierra. Pero no; Jesucristo quiso quedarse bajo las apariencias de pan, porque en todas partes y a poca costa se halla, y de esta suerte todos y en todas partes pudieran encontrarlo y recibirlo.

Ardiendo nuestro Redentor en esta grande ansia que tiene de que le recibamos, no sólo nos exhorta a ello con invitaciones amorosas, diciéndonos: «Venid y comed mi pan y bebed mi vino, que os tengo preparados». «Comed, amigos, y bebed, carísimos, hasta saciaros», sino que con precepto formal nos obliga a ello por estas palabras: «Tomad y comed, este es mi cuerpo». Y para inclinarnos a ello, nos alienta con las promesas del paraíso: «El que come mi carne tiene la vida eterna». «El que come este pan vivirá eternamente.»

Y si rehusamos recibirle, nos amenaza con excluirnos del paraíso: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre..., no tendréis vida en vosotros». Estas invitaciones, estas promesas, hasta las mismas amenazas nacen del gran deseo que tiene Jesucristo de unirse con nosotros en este Sacramento; este deseo proviene del grande amor que nos profesa; porque, como dice San Francisco de Sales, el fin del amor no es otro que unirse con el objeto amado; y por eso Jesucristo se une al alma por medio de este Sacramento. «El que come mi carne y bebe mi sangre —dice por San Juan— en Mí permanece y Yo en él». Por esto desea con tantas ansias que le recibamos en el Santísimo Sacramento. «No hay abeja —dijo un día el Señor a Santa Matilde— que con tanta avidez se arroje a libar las flores, para hacer la miel, como me lanzo Yo a las almas que me desean.

¡Oh, si los cristianos entendiesen el gran provecho que saca el alma de la santa Comunión! Jesucristo es el dueño de todas las riquezas; «y habiendo el Padre Eterno puesto el tesoro de sus riquezas en manos de Jesús», cuando este divino Señor entra en el alma por la Comunión, lleva consigo inmensos tesoros de gracia, pudiendo entonces exclamar con Salomón, hablando de la sabiduría eterna: «Junto con ella vinieron a mi alma todos los bienes».

Dice San Dionisio Aeropagita «que la Eucaristía tiene gran virtud para santificar las almas». Y San Vicente Ferrer dejó escrito que más mejorada sale el alma después de tina Comunión que tras larga semana de ayuno a pan y agua. El Sagrado Concilio de Trento asegura que la Comunión es general medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales». Por donde San Ignacio mártir vino a llamar al Santísimo Sacramento «medicina de la inmortalidad». E Inocencio III añade que si Jesucristo, padeciendo muerte de cruz, nos rescató de la esclavitud del pecado, con la Eucaristía nos libra de la voluntad de pecar».

Pero el efecto principal de este SaeramentO es encender en el alma el fuego del divino amor. «Metióme dentro de la bodega del vino y ordenó en mí la caridad», exclama la Esposa de los Cantares, y añade: «Fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque desfallezco de amor.» Sobre estas palabras dice San Gregorio Niseno que esta bodega es precisamente la Comunión, donde el alma de tal suerte queda embriagada en divino amor, que le hace olvidar todas las bajezas de la tierra, que esto significa aquel languidecer de amor de que habla la Esposa. Decía el venerable Padre Francisco Olimpio, teatino, que no hay cosa que así inflame el alma en divino amor como la santa Comunión.

«Dios es caridad», escribe San Juan, y es también «fuego consumidor». Pues este fuego de amor es el que el Hijo de Dios vino a prender en la tierra. «Fuego vine a poner en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? ».

¡Qué llamas de amor divino enciende Jesucristo en las almas de los que lo reciben en este Sacramento! Vio cierto día Santa Catalina de Sena a Jesús Sacramentado en manos de un sacerdote como globo de fuego, y quedó maravillada la Santa al ver cómo tan gran incendio no inflamaba *y* consumía en santo amor todos los corazones de los hombres. Santa Rosa de Lima decía que, al comulgar, le parecía recibir el sol; y despedía de su rostro tales rayos de luz, que deslumbraban la vista del que la veía; y tanto era el ardor que de su boca salía, que quien, después de haber comulgado, le acercaba la mano a la boca, sentía quemársele, como si la metiese en el fuego. Del rey San Wenceslao[(4)] se refiere que, con sólo visitar en la iglesia al Santísimo Sacramento, se inflamaba aun exteriormente en tanto ardor, que el paje que le acompañaba, caminando sobre la nieve, no sentía los rigores del frío con sólo poner los pies en las huellas que dejaba el santo rey. Es que la Eucaristía, según expresión de San Juan Crisóstomo, «es una hoguera que de tal manera inflama a los que a ella se acercan, que como leones que echan fuego por la boca debemos levantarnos de aquella mesa, hechos fuertes y terribles contra los demonios».

Pero dirá alguno: «Si no comulgo con más frecuencia es porque me siento frío en el amor divino» «Y porque te sientes frío —te diré con Gersón—, ¿por eso te separas del fuego? Cabalmente porque te sientes frío debes acercarte con mayor motivo a este Sacramento, siempre que alimentes en tu corazón el deseo de amar a Dios». «Si te preguntan —dice San Francisco de Sales a su Pilotea— por qué comulgas con tanta frecuencia, respóndeles que dos clases de personas deben comulgar con frecuencia: los perfectos y los imperfectos; los perfectos, para conservarse en la perfección, y los imperfectos, para lograr alcanzarla». «Acércate al sagrado Banquete —dice San Buenaventura—, por frío que estés, fiándolo todo a la misericordia divina; porque cuanto más aquejado está uno de mortal dolencia, tanto más necesita de la asistencia del médico». Un día dijo

nuestro Señor a Santa Matilde: «Cuando te acerques a comulgar, desea tener en tu corazón todo el amor que ha cabido en el de mis amantes, que Yo por mi parte te lo recibiré tan grande como tú querrías que fuese».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío, enamorado de las almas!, ya no os queda nada que hacer para demostrarnos el grande amor que nos tenéis. ¿Qué otras invenciones o maravillas pudierais obrar para conquistar nuestro amor? Haced, ¡oh Bondad infinita!, que de hoy en adelante os ame con todas mis fuerzas y con toda la ternura de mi corazón. ¿Ya quién debo amar con más tierno afecto que a Vos, Redentor mío, que después de haber dado la vida por mí os habéis entregado todo entero en este Sacramento? ¡Ah Señor mío!, traedme siempre a la memoria lo que me habéis amado, para desprenderme de todo y no amar más que a Vos sin interrupción y con toda mi alma. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas y sólo a Vos quiero amar. Arrancad de mi corazón, yo os lo ruego, todos los afectos que a Vos no se dirijan. Gracias os doy porque todavía me dais tiempo para amaros y para llorar los disgustos que os he dado. Deseo, Jesús mío, que Vos seáis el único objeto de todos mis amores. Socorredme y salvadme, y mi salvación consista en amaros con todo mi corazón en esta vida y en la otra.

¡Oh María, Madre mía, ayudadme a amar a Jesús; rogadle por mí!

TRIGESIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA AMOROSA PRESENCIA DE JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos..
Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados y Yo os aliviaré.
Mt., 11, 28.

PUNTO PRIMERO
Jesucristo, en el Sagrario, está a disposición de los hombres.

Debiendo nuestro amantísimo Salvador dejar este inundo después de haber consumado con su muerte la obra de nuestra Redención, no quiso dejarnos solos en este valle de lágrimas. «Ninguna lengua creada —exclama San Pedro de

Alcántara— puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su Esposa, la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las almas que están en gracia... Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa, la Iglesia (porque esta ausencia no le fuere causa de olvido), dejóla por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba El mismo, no queriendo que entre El y ella hubiese otra prenda que despertaste su memoria sino El»[(5)].

¡Con qué demostraciones de amor, pues, no debemos corresponder al amor que Jesucristo con esta ocasión nos manifestó! Si en estos últimos tiempos ha querido que se instituyera una fiesta en honor de su Sacratísimo Corazón, como le fue revelado a la B. Margarita María Alacoque[(6)], fue para que con nuestros obsequios y homenajes le pudiéramos pagar de alguna manera el amor que nos manifiesta al permanecer de continuo en nuestros altares y para que compensemos al mismo tiempo los ultrajes que ha recibido y recibe todavía en este Sacramento de amor de parte de los herejes y de los malos cristianos.

Jesucristo se ha quedado en el Santísimo Sacramento: 1.°, para hacerse accesible a todos; 2.°, para dar audiencia a todos, y 3.°, para dispensar a todos sus gracias.

En primer lugar, Jesucristo mora en tantos altares diversos para hacerse hallar de todos los que le buscan. En aquella noche en que nuestro amoroso Redentor se despidió de sus discípulos para ir a la muerte, éstos, al pensar que tenían que separarse de su adorado Maestro, lloraban sin consuelo; mas Jesucristo, para consolarlos a ellos y consolarnos también a nosotros, dijo: «Hijos míos, voy a morir por vosotros para manifestaros el amor que os tengo; pero aunque voy a la muerte, no quiero dejaros solos; mientras permanezcáis en la tierra, con vosotros me quedaré en el Santísimo Sacramento del altar. En él os dejo mi cuerpo, mi alma, mi divinidad y todo cuanto soy. No, no me separaré de vosotros mientras viváis en la tierra.» «Mirad —nos dice por San Mateo— que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos». «Quería el Esposo —dice Pedro de Alcántara—, en esta ausencia tan larga, dejar a su Esposa compañía porque no se quedase sola, y dejóla la de este Sacramento, donde se queda El mismo, que es la mejor compañía que le podía dejar»[(7)]. Los gentiles, que han inventado tantos dioses, no han sabido forjarse uno tan amoroso como el nuestro, que se ha hecho vecino nuestro y nos asiste con tanto amor. «No hay otra nación tan grande que tenga tan cerca de sí a los dioses como está cerca de nosotros nuestro Dios». Así habla Moisés en el Deuteronomio, v la Santa Iglesia aplica este texto a la fiesta del Santísimo Sacramento.

Ved aquí, pues, a Jesucristo, que permanece en nuestros altares como cautivo en tantas prisiones de amor. Sácanle los sacerdotes para exponerlo en la custodia

o para dar la Comunión a los fieles, y tornan después a encerrarlo, y Jesucristo no se desdeña de permanecer allí encerrado día y noche. Pero, de qué os sirve, Redentor mío, permanecer en tantas iglesias también durante la noche, cuando los hombres cierran las puertas y os dejan solo? ¿No os bastaba permanecer con ellos durante el día? No; Jesucristo quiso quedarse también de noche, aunque solo, a fin de que le halle luego por la mañana el que le busque. Andaba la Esposa de los Cantares en busca de su Amado, y a cuantos encontraba a su paso les preguntaba: «¿Por ventura habéis visto al Amado de mi alma?». Y no encontrando a quien diera razón de El. alzaba la voz y decía: «Respóndeme, Esposo mío, ¿dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar al mediodía?». Y la Esposa no le hallaba, porque todavía no estaba en el Santísimo Sacramento; pero al presente, si un alma quiere hallar a Jesucristo, basta que vaya a la parroquia, o a la iglesia de un convento, y allí hallará a su Amado, que le está esperando. No hay pueblecillo, por mísero que sea; no hay monasterio de religiosos que no tengan el Santísimo Sacramento; y en todos estos lugares el Rey del cielo se contenta con estar en cerrado en un tabernáculo de madera o de piedra, donde con harta frecuencia vive solo y sin más compañía que una lamparilla que arde en su presencia. «Pero, Señor —le dice San Bernardo—, que esto no conviene a vuestra Majestad.» «No importa —responde Jesucristo—; si no conviene a mi Majestad, basta que convenga a mi amor».

Grandes sentimientos de ternura y afecto experimentan los peregrinos al visitar la Santa Casa de Loreto, o los Lugares de la Tierra Santa: como la gruta de Belén, el Calvario, el Santo Sepulcro, donde Jesucristo nació, y vivió, y murió, y fue sepultado. Pero ¡cuánto mayor debe ser nuestra devoción y ternura al visitar una iglesia, donde está Jesucristo en persona en el Santísimo Sacramento! Decía el Beato Padre Juan de Avila[(8)] que, entre todos los santuarios, el que más devoción y consuelo le daba era *una* iglesia, donde vive y mora Jesús Sacramentado. Y, por el contrario, lloraba el Padre Baltasar Alvarez[(9)] al ver los palacios de los reyes llenos de gente, y las iglesias, donde está Jesucristo, solas y abandonadas.

¡Oh Dios mío! Si el Señor se hubiera quedado en una sola iglesia del mundo, por ejemplo, en San Pedro de Roma, y allí se le hallase una sola vez al año, ¡oh, cuántos peregrinos, cuántos nobles, cuántos monarcas se buscarían la dicha de estar en Roma aquel día y cortejar al Rey del cielo bajado de nuevo a la tierra! ¡Qué tabernáculo no se le preparara, todo cuajado de oro y sembrado de piedras preciosas! ¡Con qué aparato de- luces e iluminaciones se solemnizaría aquella su breve aparición en medio de nosotros! «Pero —dice nuestro Redentor— no quiero morar en una sola iglesia ni por un solo día, ni busco tantas riquezas, ni quiero tantas luces; viviré en compañía de mis hijos todos los días y en todos los lugares, a fin de que me hallen con toda facilidad siempre y cuando quieran.»

¡Ah! Si Jesucristo no hubiera pensado en esta fineza de amor, ¿quién jamás hubiera podido imaginarla? Si cuando el Señor subió a los cielos le hubiera dicho alguno: «Si queréis, Señor, manifestarnos vuestro afecto, quedaos con nosotros en los altares, bajo las especies de pan, a fin de que podamos hallaros cada vez que queramos.» Quien esto le hubiera pedido, ¿no pasaría por loco o temerario? Pues lo que los hombres ni siquiera supieron imaginar lo ha pensado y lo ha hecho nuestro Salvador. Pero, ¡ay!, ¿dónde está nuestra gratitud a tan gran favor? Si un príncipe viniese de lejanas tierras con el exclusivo propósito de recibir la visita de un rústico aldeano, ¿qué ingratitud no fuera la suya si no quisiera visitarlo ni verlo siquiera de paso?

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío! ¡Oh amor leí alma mía! ¡Cuánto os ha costado el permanecer con nosotros en este Sacramento! Y primero debisteis morir, para poder quedaros en nuestros altares, y después habéis tenido que aguantar toda suerte de ultrajes en este Sacramento, para asistirnos con vuestra presencia. Y nosotros ¿cómo somos tan negligentes y descuidados en venir a visitaros, sabiendo, como sabemos, que esperáis con ansia nuestras visitas para colmarnos de favores y gracias cuando estamos en vuestra presencia?

Perdonadme, Señor, porque yo también me cuento en el número de estos ingratos. De hoy en adelante quiero, Jesús mío, visitaros con frecuencia y permanecer cuanto me sea posible postrado a vuestros pies, amándoos, dándoos gracias y pidiéndoos mercedes, ya que con este intento os habéis quedado en la tierra, oculto en el tabernáculo, hecho nuestro prisionero de amor. Os amo, Bondad infinita; os amo, ¡oh Dios de amor! Os amo, ¡oh sumo Bien!, amable sobre todos los bienes. Haced que me olvide de mí mismo y de todas las cosas, para acordarme solamente de vuestro amor y para emplear lo que me resta de vida en agradaros y complaceros. Haced que en adelante toda mi rucha y todo mi contento lo halle en estar postrado delante de vuestra presencia. Inflamadme en vuestro santo amor.

¡Oh María, Madre mía! Alcanzadme la gracia de amar con intenso amor al Santísimo Sacramento, y si advertís que ando tibio y negligente, recordadme la promesa que ahora os hago de visitarle todos los días.

PUNTO SEGUNDO
Jesús, en el Santísimo Sacramento, da a todos audiencia.

En segundo lugar, Jesucristo en el Santísimo Sacramento da a todos audiencia. Decía Santa Teresa[10] que en este mundo no es dado a todos los subditos hablar

con su príncipe; los pobres apenas podrán hablarle o darle a conocer sus necesidades por medio de tercera persona. Mas para hablar con el Rey del cielo no es necesario mediador, pues todos, nobles y plebeyos, pueden hablarle cara a cara y con entera libertad en el Santísimo Sacramento. Por esto Jesucristo es llamado flor de los campos. «Yo soy flor del campo y lirio de los valles». Porque si las flores de los jardines están encerradas y resguardadas, las del campo, por el contrario, son del dominio público. «Yo soy flor del campo —le hace decir el cardenal Hugo— y me ofrezco a todos los que vengan a buscarme».

Todos, pues, y a cualquier hora del día, pueden hablar con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Hablando San Pedro Crisólogo del nacimiento del Redentor en el establo de Belén, dice que no siempre dan los reyes audiencia; sucede a las veces que, si uno quiere hablar a su príncipe, se lo estorban las guardias de palacio, diciéndole que venga otro día, porque en aquél se acabó el tiempo de audiencia. Mas el Redentor quiere nacer en una gruta, accesible a todos, sin puertas y sin guardias, para dar audiencia a todos y a todas horas. «No hay allí guardia —añade el Santo— que os diga: Pasó la hora». Lo mismo acaece con Jesucristo en el Santísimo Sacramento: las puertas de las iglesias están siempre abiertas, y cada vez que queramos podemos entrar en ellas para hablar al Rey de la gloria. Y para que le hablemos con toda nuestra confianza ha ocultado su Majestad bajo las apariencias de pan. Si Jesucristo compareciera en nuestros altares rodeado de resplandor y de gloria, cómo aparecerá en el día del juicio final, ¿quién tendría valor para acercarse a El? «Mas porque el Señor —dice Santa Teresa— desea que le hablemos con confianza y le pidamos gracias sin temor, por esto ha encubierto su Majestad bajo las especies de pan»[11]. «"El desea — dice Tomás de Kempis — que le tratemos como un amigo trata a otro amigo».

Cuando el alma se entretiene al pie de los altares en amorosos coloquios con Jesús, parece que el Señor le dirige estas palabras de los Cantares : «Levántate, apresúrate, amiga mía..., hermosa mía, y veri». «Levántate, alma querida, y pierde todo temor. *Apresúrate,* llégate cerca de Mí. *Amiga mía,* ya no eres mi enemiga, porque me amas y te arrepientes de haberme ofendido. *Hermosa mía,* ya no apareces deforme a mis ojos; mi gracia te hermosea. Ven, pues, y descúbreme los deseos de tu corazón, que para satisfacerlos estoy en este altar.» ¿Qué gozo no experimentarías, hermano mío, si el Rey te llamase a su palacio y te dijese: «Dime qué quieres, qué necesitas, pues te amo y deseo hacerte bien?» De esta suerte habla el Rey del cielo, Jesucristo, a todos los que le visitan. «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y andáis cargados, que Yo os aliviaré». «Vengan a Mí los pobres, los enfermos, los afligidos, que Yo puedo y quiero enriquecerlos, sanarlos y consolarlos. A este fin me he quedado en los altares.» *Yo, el mismo que hablaba* —dice el Señor—, *heme aquí.*

AFECTOS Y PETICIONES

¡Amantísimo Jesús mío! Ya que Vos estáis en nuestros altares para atender las súplicas de los miserables que a Vos acuden, escuchad ahora la súplica que os hago yo, miserable pecador. ¡Oh Cordero de Dios, sacrificado y muerto en la cruz por mí!, yo soy una de las almas rescatadas con vuestra sangre; perdonadme todas las injurias que os he hecho y asistidme con vuestra gracia para que no vuelva a perderos. Hacedme partícipe, ¡oh Jesús mío!, de los dolores que por mis pecados sufristeis en el Huerto de Getsemaní. ¡Oh Dios mío!, ojalá nunca os hubiera ofendido. ¡Carísimo Señor mío!, si yo hubiera muerto en pecado, no podría amaros; pero Vos me habéis esperado, a fin de que os ame. Gracias os doy por este tiempo que me habéis concedido, y ya que ahora puedo amaros, quiero hacerlo. Dadme vuestro santo amor, pero un amor tan grande que me haga olvidar todas las cosas del mundo, para no pensar más que en complacer vuestro amantísimo Corazón.

¡Oh Jesús mío!, ya que habéis empleado toda vuestra vida en amarme, haced que a lo menos lo que me resta de la mía lo emplee en amaros. Cautivadme con las cadenas de vuestro amor, y antes que muera haced que todo sea vuestro. De Vos lo espero por los méritos de vuestra Pasión.

También en vuestra intercesión, ¡oh María!, tengo puesta toda mi esperanza; bien sabéis que os amo, tened compasión de mí.

PUNTO TERCERO
Jesucristo permanece en el Santísimo Sacramento para otorgarnos sus gracias.

Si Jesucristo da a todos audiencia en el Santísimo Sacramento es para repartir a todos sus gracias y favores. Dice San Agustín «que más desea el Señor dispensarnos sus gracias que nosotros recibirlas». La razón es porque Dios es Bondad infinita, y la bondad es por naturaleza comunicativa; y por eso el Señor desea comunicar a todos sus bienes. Y cuando las almas no van a pedirle gracias se lamenta de ello y dice : «¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto o tierra sombría que tarda en fructificar ? ¿ Pues por qué motivo ha dicho mi pueblo: «Nosotros nos retiramos, no volveremos jamás a Ti?». «¿Por qué —dice el Señor— rehúsas acercarte a Mí? Pues qué, cuando me habéis pedido gracias, ¿he sido tardo en dároslas como tierra estéril y perezosa en dar frutos?» Vio San Juan al Señor con los pechos cargados de leche, esto es, de misericordia, *y ceñidos con faja de oro,* que quiere decir de amor divino, por el ansia amorosa que le consume de dispensarnos sus gracias. Jesucristo está siempre dispuesto a concedernos mercedes; «pero donde con más abundancia nos las otorga —dice el

Discípulo amado— es en el Santísimo Sacramento», Y el Beato Enrique Suso decía que el Señor escucha en el Sacramento nuestras plegarias con especial complacencia.

Así como una madre que tiene el pecho rebosando leche va buscando niños a quienes amamantar para que le descarguen de aquel peso, así también Jesucristo, desde este Sacramento de amor, llama a todos y les dice: «A mis pechos seréis llevados... ; como una madre acaricia a su hijo, así Yo os consolaré». El P. Baltasar Alvarez vio cierto día a Jesús en el Santísimo Sacramento con las manos llenas de gracias para distribuirlas entre los hombres; pero no halló quien las quisiera(12).

¡Dichosa el alma que está al pie del altar pidiendo gracias a Jesucristo! La condesa de Feria (13), monja después de Santa Clara, estaba siempre que podía en presencia del Santísimo Sacramento, que por eso fue llamada la esposa de Jesús Sacramentado; allí recibía continuos tesoros de gracias. Como le preguntasen un día qué hacía en tantas horas como pasaba ante la presencia de este adorable misterio, respondió: «De buena gana me estaría yo allí por toda la eternidad. ¿Qué se hace, preguntan, delante de Jesús Sacramentado ? ¿Y qué bien deja de hacerse ? ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo ante el médico? ¿Qué se hace? Amar, alabar, agradecer, pedir.» ¡Ah! Sírvannos estas últimas palabras para estar con fruto delante del Santísimo Sacramento.

Lamentóse Jesucristo de nuestra ingratitud con la B. Margarita María Alacoque(14) por la frialdad y menosprecio con que tratamos este Sacramento de amor, y le hizo ver su Sacratísimo Corazón en un trono de llamas, rodeado de espinas y coronado por una cruz, dándole con esto a entender el amor inmenso con que vive y mora en nuestros altares, y después le dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para darles muestras de amor, y en recompensa no recibe de la mayor parte más que injurias y menosprecios en este Sacramento de amor. Pero lo que más me contrista es que así me traten corazones que me están consagrados.»

¡Ah! Los hombres no van a conversar con Jesucristo porque no le aman. Pasan horas enteras conversando con un amigo; pero cuando se trata de hablar con Jesucristo, aunque no sea más que por espacio de media hora, sienten una angustia mortal. «Mas ¿ por qué Jesucristo —dirá alguno— no me concede su santo amor?» «¿Por qué? —te responderé yo—. Si no destierras de tu corazón los afectos terrenos, ¿cómo quieres que entre en él el amor divino?» Si pudieras decir verdaderamente y de todo corazón lo que decía San Felipe Neri al recibir la visita de Jesús Sacramentado: «¡He aquí el amor mío, he aquí el amor mío! », no

sentirías fastidio y cansancio en pasar horas, y días enteros delante del Sacramento del altar.

Al alma enamorada de Dios, momentos le parecen las horas que pasa en presencia del tabernáculo. Todo el día lo pasaba San Francisco Javier trabajando por la salvación de las almas; y por la noche, ¿cuál era su descanso ? El conversar con Jesús Sacramentado. San Juan francisco Regís, gran apóstol de Francia, después de haber gastado todo el día en confesar y predicar, se iba a pasar la noche en la iglesia; y cuando la encontraba cerrada, se arrodillaba a la puerta, expuesto al frío o al viento, para hcer compañía, a lo menos desde lejos, a su amado Señor. San Luis Gonzaga no tenía más placer que estarse siempre delante del Santísimo Sacramento; mas como los Superiores le habían prohibido permanecer allí mucho rato, era de ver la lucha interior que sostenía cada vez que pasaba delante del altar, porque Jesucristo le atraía con las dulces cadenas de su amor, y por otra parte la obediencia le obligaba a retirarse, «Señor, Señor —decía entonces el santo joven con el acento del más tierno amor, dejadme, dejadme ir, que así lo quiere la obediencia.»

Pero si tú, hermano mío, no sientes inflamado tu corazón en el amor de Jesucristo, procura a lo menos visitarle todos los días, y a buen seguro que El inflamará tu corazón. «Si te sientes frío —decía Santa Catalina de Sena—, acércate al fuego». Feliz serás si Jesucristo te otorga la gran merced de inflamarte en su santo amor. Entonces ya no amarás, ¡qué digo!, entonces despreciarás todas las cosas do la tierra. «Cuando hay fuego en casa —dice San Francisco de Sales—, se arrojan todos los muebles por la ventana».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús mío! Daos a conocer, haceos amar. Sois tan amable, que habéis agotado todos los medios para haceros amar de los hombres, y, sin embargo, ¿cómo son tan pocos los que os aman? Yo, Señor, he tenido la desgracia de contarme entre estos ingratos. Con las criaturas, si me han hecho algún don o favor, he sido muy agradecido; sólo con Vos, que os habéis dado todo a mí, he sido ingrato, llegando hasta injuriaros gravemente y ultrajaros con mis pecados. Ahora veo que, en vez de abandonarme, seguís intimándome el amoroso precepto de amaros. «Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón.» Ya que hasta de un ingrato queréis ser amado, os quiero amar. Me pedís mi amor, y yo, favorecido por vuestra gracia, sólo deseo amaros. Os amo, amor mío y mi todo. Por la sangre preciosa que por mí habéis derramado, ayudadme a amaros. Amantísimo Redentor mío, en esta vuestra sangre pongo toda mi esperanza, y también en la intercesión de vuestra Santísima Madre, ya que habéis dispuesto que nuestra salvación dependa también de sus plegarias.

¡Oh María, Madre mía! Rogad a Jesús por mí; Vos inflamáis en amor divino a todos los que os aman, inflamad también el mío, que tanto os ama.

TRIGESIMOQUINTA CONSIDERACIÓN

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

Et vita in volúntate ejus.
De su voluntad pende la vida.

Ps., 19, 6.

PUNTO PRIMERO
De la excelencia de la conformidad con la voluntad de Dios.

Nuestra salvación y nuestra santificación está fundada en el amor de Dios. «El que no ama, muerto está», dice San Juan, y San Pablo añade: «Tened caridad, que es el vínculo de la perfección». Pero la perfección del amor consiste en conformar nuestra voluntad con la voluntad divina, porque éste es el efecto principal del amor, dice el Areopagita: unir la voluntad de los amantes de suerte que no tengan más que un solo corazón y un solo querer. En tanto, pues, agradan al Señor nuestras buenas obras: penitencias, comuniones, limosnas, en cuanto que están conformes con su divina voluntad, porque, de otra suerte, no son virtuosas, sino defectuosas y dignas de castigo.

Esto fue lo que principalmente nos vino a enseñar con su ejemplo nuestro Redentor cuando del cielo bajó a la tierra. Al entrar en el mundo, según el Apóstol, se expresó de esta manera: «Tú no has querido sacrificio ni ofrenda, mas a Mí me has apropiado un cuerpo... Entonces dije: Heme aquí que vengo... para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad». «Tú, Padre mío, has rehusado las víctimas de los hombres; quisiste que con muerte afrentosísima te sacrificase este cuerpo que me has dado; pronto estoy a cumplir tu voluntad.» Esto mismo declaró muchas veces, diciendo: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió». Y la contraseña que nos dio para darnos a conocer el inmenso amor que tenía a su Padre, fue el padecer de muerte de cruz para cumplir su voluntad. «Para que conozca el mundo que amo a mi Padre y que cumplo con lo que me ha mandado, levantaos y vamos». Dijo también que solamente reconocía por suyos a los que cumplían con la voluntad divina. «Aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está, en los cielos, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre».

Este ha sido también el único intento y deseo de todos los santos en todas sus acciones: cumplir con la voluntad de Dios. El Beato Enrique Suso decía: «Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín en el cielo por mi propia voluntad». Y Santa Teresa añade: «Toda la pretensión de quien comienza oración ha de ser trabajar, y determinarse y ponerse a... hacer su voluntad conforme con la de Dios. En esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere estor más recibirá del Señor y más adelante está en este camino»(15). Los bienaventurados en el cielo aman a Dios perfectamente, porque están en todo conformes con la voluntad de Dios. Por esto Jesucristo nos enseñó a pedir la gracia de cumplir la voluntad de Dios en la tierra, como lo hacen los bienaventurados en el cielo. «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo». El que obra conforme a la voluntad de Dios llegará a ser un hombre conforme a su corazón, como lo llamó el Señor a David. «Buscó el Señor a un hombre conforme a su corazón»; porque el santo rey estaba siempre dispuesto a seguir la voluntad divina. «Dispuesto está mi corazón, ¡oh Dios!; mi corazón está dispuesto». Y no cesaba de pedir al Señor que le enseñase a cumplir su santísima voluntad. «Enséñame a hacer tu voluntad».

¿Quién podrá declarar el valor de un acto de perfecta resignación a la voluntad de Dios? El solo bastaría para santificar a un alma. Cuando San Pablo perseguía la Iglesia, se le apareció Jesucristo, le iluminó y le convirtió. El santo Apóstol no hizo entonces más que ofrecerse a cumplir la voluntad de Dios: «Señor —dijo—, ¿qué quieres que haga?». Y en aquel mismo punto le proclamó Jesucristo vaso de elección y apóstol de los gentiles. «Ese mismo es ya mi instrumento, elegido por **Mí,** para llevar mi nombre delante de todas las naciones». El que ayuna y hace limosnas y se mortifica por amor de Dios le da parte de sí; pero el que le entrega su voluntad se lo da todo. Esto es lo que Dios pide cuando dice: «Hijo mío, dame tu corazón», es decir, tu voluntad.

En nuestros deseos, en nuestras devociones, meditaciones y comuniones, debemos tener puesta la mira en cumplir la voluntad de Dios. A esto debemos enderezar todas nuestras oraciones: a impetrar la gracia de cumplir lo que Dios pide de nosotros. Esto es lo que debemos pedir al Señor por intercesión de nuestros Santos Patronos, y señaladamente de María Santísima, a fin de que nos alcancen la luz y fuerzas necesarias para conformar en todas las cosas nuestra voluntad con la de Dios, sobre todo cuando se trata de abrazarse con lo que repugna al amor propio. Decía el Beato Padre Maestro Juan de Avila «que más vale en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad».

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Dios mío! Mi mayor desgracia en la vida pasada ha sido es no querer conformar mi voluntad con la vuestra. Detesto y maldigo mil veces aquellos días y momentos en que, por seguir mis propios caprichos, he contrariado vuestra voluntad, ¡oh Dios del alma mía! Ahora os entrego toda mi voluntad; recibidla, ¡oh Señor mío!, y estrechadla de tal suerte con los lazos de vuestro amor, que ya no pueda rebelarse contra Vos. Os amo, Bondad infinita, y, por el amor que os tengo, a Vos me ofrezco todo entero. Disponed de mí y de todas mis cosas como os agrade, que yo me someto gustoso a todas vuestras santas disposiciones. Libradme de la desgracia de contrariar vuestra voluntad, y después haced de mí lo que os agrade.

Eterno Padre, atended a mis ruegos por amor de Jesucristo; Jesús mío, escuchadme por los méritos de vuestra Pasión.

Y Vos, ¡ oh Virgen Santísima! , ayudadme *y* alcanzadme la gracia de cumplir con la voluntad de Dios, que en esto está cifrada toda mi salvación. Otorgadme esto, y nada más os pido.

PUNTO SEGUNDOO
Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en todas las adversidades de la vida.

No sólo debernos recibir con resignación los padecimientos que directamente nos vienen de la mano de Dios, corno las enfermedades, las desolaciones de espíritu, la pérdida casual de la hacienda o de los parientes, sino también los que nos vienen de Dios indirectamente, o sea por medio de los hombres, como las calumnias, los desprecios, las injusticias y todas las otras suertes de persecuciones. Estemos bien advertidos que, cuando nos ofenden en la honra o en la hacienda, Dios no quiere el pecado del ofensor, pero sí quiere nuestra pobreza y humillación. No hay duda que todo cuanto sucede es por voluntad de Dios. «Yo soy el Señor que formó la luz y creó las tinieblas; Yo soy el que hago la paz y envío los castigos». Y ya antes dijo el Eclesiástico: «Los bienes v los males, la muerte y la vida..., vienen de Dios». En suma, todo viene de Dios, así los bienes como los males.

Llamamos males a ciertos acaecimientos de la vida, porque nosotros les damos este nombre y los convertimos en tales; porque si los aceptásemos con resignación, como venidos de la mano de Dios, estos mismos males se trocarían para nosotros en bienes. Las perlas más preciosas engastadas en las coronas de los santos son las tribulaciones que han padecido gustosos, como venidas de la

mano de Dios. Cuando avisaron al santo Job que los sabeos le habían robado toda su hacienda, ¿qué respondió? «E1 Señor me lo dio, el Señor me lo quitó.» No dice: «El Señor me dio los bienes y los sabeos me los quitaron, sino que dice: «El Señor me los ha dado, el Señor me los ha quitado.» Y por eso le bendecía, pensando que todo había acaecido según su soberana voluntad. «Se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor». Cuando los santos mártires Atón y Epicteto eran torturados con uñas de hierro y teas encendida, no decían más que estas palabras: «Cúmplase, Señor, en nosotros vuestra santísima voluntad.» Y al morir, las últimas palabras que salieron de sus labios fueron éstas: «Bendito seas, Dios eterno, porque nos has dado la gracia de que se cumpla en nosotros tu santa voluntad». Cuenta Cesáreo de cierto monje que, no obstante llevar vida ordinaria y no más austera que los demás, obraba, sin embargo, estupendos milagros. Maravillado de esto el abad, le preguntó un día qué devociones practicaba. Respondióle el santo monje que bien sabía él que era más imperfecto que los demás, pero que tenía particular empeño en conformarse en todo con la voluntad de Dios. «Pero ¿no sentiste ninguna desazón —repuso el Superior— cuando el otro día los enemigos nos causaron tantos destrozos en nuestras tierras?» «No, Padre mío —contestó el monje—; al contrario, di gracias al Señor, porque sé que todo lo hace o lo permite para nuestro bien.» Por estas palabras conoció el abad la santidad de este buen religioso.

Lo mismo debemos hacer nosotros cuando nos sobreviene alguna adversidad: aceptémoslo todo de la mano de Dios, no sólo con paciencia, sino también con alegría, a ejemplo de los apóstoles, que gozaban al verse maltratados por Cristo. «Se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Dios». ¿Y qué mayor contento que padecer alguna cruz y saber que abrazándonos con ella damos gusto a Dios? Si queremos gozar de continua y santa paz, procuremos de hoy en adelante abrazarnos con la voluntad de Dios, y en todo lo que nos suceda digamos con Jesucristo: «Bien, Padre mío, por haber sido de tu agrado que fuese así». A esto debemos enderezar todas nuestras meditaciones, comuniones, visitas y plegarias, rogando siempre a Dios que nos haga conformes con su voluntad. Al mismo tiempo ofrezcámonos a El diciendo: «Aquí me tenéis, Dios mío; haced de mí lo que os plazca.» Santa Teresa[16] se ofrecía a Dios lo menos cincuenta veces al día, para que dispusiera de ella como mejor le agradare.

AFECTOS Y PETICIONES

¡Ah divino Rey mío, amantísimo Redentor!, venid y reinad Vos solo en mi pobre alma. Tomad posesión de toda mi voluntad, a fin de que no desee ni quiera sino lo que Vos queréis. ¡Oh Jesús mío!, en mi vida pasada os he disgustado tantas veces contrariando vuestra divina voluntad. Me arrepiento de ello como de

la mayor de las desgracias; duélome y me arrepiento de todo corazón. Bien sé que merezco castigo; no lo rehúso, sino que lo acepto; libradme solamente del castigo de privarme de vuestro amor; después haced de mí lo que os agrade.

Os amo, carísimo Redentor mío; es amo. ¡oh Dios mío!, y porque os amo quiero hacer cuanto queráis. ¡Oh voluntad de Dios!, tú eres todo mi amor. ¡Oh Sangre de mi Jesús!, tú eres mi esperanza y por Ti espero vivir siempre unido a la voluntad de Dios; ella será mi guía, mi deseo, mi amor y mi paz. En ella quiero vivir y reposar siempre. «En su paz dormiré y descansaré». En todos los sucesos de mi vida diré siempre: «Dios mío. Vos así lo habéis querido, así lo quiero yo también; cúmplase siempre en mí vuestra voluntad.» ¡Oh Jesús mío!, por vuestros méritos concededme la gracia de repetir sin cesar esta bella máxima de amor: «Hágase tu voluntad, hágase tu voluntad.»

¡Oh María, Madre mía!, cuan dichosa sois por haber hecho siempre la voluntad de Dios. Alcanzadme la gracia de que la cumpla yo también de hoy en adelante; ¡oh Reina mía!, por el amor que tenéis a Jesucristo, impetradme esta gracia; de Vos la espero.

PUNTO TERCERO
Del gran provecho que se saca de conformar nuestra voluntad con la de Dios.

El que está unido a la voluntad de Dios goza en este mundo de anticipada paz. «Ningún acontecimiento podrá contristar al justo», dice el Espíritu Santo. Sí; porque un alma no puede tener mayor contento que ver que le sale todo a la medida de su deseo; y como no quiere más que lo que quiere Dios, tiene cuanto quiere, porque nada acaece sin la voluntad de Dios.

«Las personas resignadas al querer del Señor —dice Salviano— son humilladas, es verdad, pero aman las humillaciones; padecen pobreza, pero se complacen en ser pobres; en suma, aceptan gustosas todo lo que les acaece, y así llevan vida feliz y dichosa». Viene el frío, el calor, la lluvia, el viento, pero el alma que está conforme con la voluntad de Dios dice: «Quiero este frío, acepto este calor, porque Dios me lo manda.» Le viene un revés de fortuna, le persiguen, enferma, le viene la muerte, y dice: «Quiero esta desgracia, y la persecución, y la enfermedad, y hasta la muerte, porque así lo quiere Dios.» El que descansa sobre la voluntad de Dios y acepta gustoso lo que El dispone, es como un hombre que vive sobre las nubes y ve que a sus pies brama furiosa la tempestad, sin que le dañe ni le conturbe. Esta es aquella paz, de la cual habla el Apóstol, «que sobrepuja a todo entendimiento»; paz que vence a todas las delicias del mundo, paz estable y al abrigo de las vicisitudes humanas.

«E1 hombre santo —dice el Eclesiástico— permanece en la sabiduría como el sol; pero el necio cambia como la luna». El necio, es decir, el pecador, muda como la luna, que hoy crece y mañana mengua; hoy ríe, mañana llora; hoy está alegre y tranquilo, mañana furioso y afligido; cambia, en fin, según soplan vientos prósperos o adversos en los casos que le acontecen. Mas el justo es bien así como el sol; todos los sucesos le hallan siempre igual, siempre uniforme, siernpre tranquilo, porque su paz está fundada *en* la conformidad de su voluntad con la de Dios. «Y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad». Santa María Magdalena de Pazzi, al oír estas palabras: *voluntad de Dios,* experimentaba dulzuras tan inefables, que parecía salir fuera de sí y caía en éxtasis de amor. Verdad que la parte inferior no dejará de sentir los golpes de la adversidad; pero en la porción superior del alma, cuando la voluntad está unida con la de Dios, reinará siempre la paz, aquella paz que prometió Jesucristo a sus discípulos cuando dijo: «Nadie os arrebatará vuestro gozo». Insigne locura es querer resistir a la voluntad de Dios; porque lo que el Señor determinare sin remedio se ha de cumplir; *porque a su voluntad* —pregunta San Pablo—, *¿quién resistirá?*. Los desgraciados que resisten a ella tendrán que cargar con su cruz, pero sin fruto y sin paz. «¿Quién le resistió y halló paz?». Y Dios ¿qué es lo que quiere sino nuestro bien? «La voluntad de Dios es vuestra santificación». El Señor quiere que seamos santos, para hacernos felices en esta vida y bienaventurados en la otra. Entendámoslo bien: las cruces que nos vienen de la mano de Dios «todas son para nuestro bien». Aun los castigos que nos manda no son para nuestra perdición, sino para que nos enmendemos y alcancemos la eterna bienaventuranza. *Creamos* —decía Judit al pueblo de Israel— que los azotes del Señor nos han venido para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición. Dios nos ama tanto, que no sólo desea nuestra salvación, sino que, como dice David, «Dios tiene especial cuidado de nosotros». Y después de habernos dado a su Hijo único, ¿podrá negarnos alguna cosa? «El, que ni a su propio Hijo perdonó— como dice San Pablo—, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo, después de habérnosle dado a El, dejará de darnos cualquier otra cosa?». Abandonémonos, pues, en las manos de Dios, porque, mientras vivimos en este mundo, siempre nos atiende con particular interés; como dice San Pedro: «Descarguemos en su amoroso seno todas nuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de nosotros». «Piensa tú siempre en Mí —dijo cierto día el Señor a Santa Catalina de Sena—, que Yo siempre pensaré en ti». Digamos a menudo con la Sagrada Esposa: «Mi Amado para mí y yo para El». «Mi Amado piensa en hacerme feliz, y yo no quiero pensar más que en complacerle y unirme a su santa voluntad.» «No debemos pedir a Dios —decía el Santo Abad Nilo— que haga lo que nosotros queremos, sino hacer nosotros lo que El quiera».

Obrar de esta suerte es llevar una vida feliz en este mundo, preludio de una santa muerte. El que muere resignado a la voluntad de Dios deja a los demás en la moral certidumbre de haberse salvado. Pero el que durante la vida no se ha sujetado a la voluntad divina, tampoco se sujetará en la hora de la muerte, y no se salvará. Procuremos, pues, hacernos familiares algunos dichos de la Escritura, que nos sirvan para vivir constantemente unidos a la voluntad de Dios. «Señor, ¿qué queréis que haga? ». «Decidme, Señor, qué es lo que de mí queréis, que pronto estoy a hacerlo.» «He aquí la esclava del Señor». «Ved que mi alma es vuestra esclava; mandad y seréis obedecido.» «Tuyo soy, sálvame». «Salvadme, Señor, y después haced de mí lo que os agrade; yo soy vuestro y ya no mío.» Cuando la adversidad nos acometa con más furor, digamos luego: «Sea así, Padre mío, por haber sido de tu agrado que fuese así». «Tal es, Dios mío, vuestra voluntad; pues bien, que sea así.» Tengamos gusto especial en repetir la tercera petición del *Padrenuestro: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*. Digámosla con frecuencia, repitámosla muchas veces seguidas y con amor. ¡Qué vida más feliz y qué muerte más dichosa vivir y morir diciendo: *Hágase tu voluntad!*

AFECTOS Y PETICIONES

¡Oh Jesús, Redentor mío! Vos habéis acabado vuestra vida en la cruz, a fuerza de dolores, para negociar la causa de mi salvación; tened, pues, compasión de mí y salvadme. No permitáis que mi alma, por Vos redimida con tantas penas y con tanto amor, os vaya a odiar para siempre en el infierno. Harto habéis hecho para obligarme a amaros; y esto es lo que quisisteis darme a entender cuando, antes de expirar en la cumbre del Gólgota, pronunciasteis estas amorosas palabras: *Todo está consumado*. Pero ¿cómo he correspondido yo después a vuestro amor? En lo pasado nada me quedó por hacer para desagradaros y obligaros a odiarme. Gracias os doy por haberme esperado con tanta paciencia, y ahora me dais tiempo para reparar mi ingratitud y amaros antes de morir.

Sí, Dios mío; quiero amaros, y amaros mucho. Quiero hacer cuanto os agrade a Vos, mi Salvador, mi Dios, mi amor y mi todo; os hago total entrega de toda mi voluntad, de toda mi libertad y de todas mis cosas. Os ofrezco en este momento el sacrificio de mi vida, aceptando gustoso la muerte que os sirváis enviarme, con todas las penas y circunstancias que la han de acompañar. Uno desde ahora este mi sacrificio con el que Vos, Jesús mío, ofrecisteis por mí dando vuestra vida en el ara de la cruz; quiero morir para cumplir vuestra voluntad. ¡Ah! Por los méritos de vuestra Pasión dadme la gracia de vivir siempre resignado a vuestras disposiciones; y cuando venga la muerte, haced que me abrace con ella, conformando la mía con vuestra divina voluntad. Quiero morir, Jesús mío, para agradaros; quiero morir diciendo: *Hágase tu voluntad.*

¡Oh María, Madre mía! Así habéis Vos tenido la dicha de morir; alcanzadme la gracia de que muera yo también de esta suerte.

¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

---

(1) Probablemente alude San Alfonso a algún exorcismo de data reciente, por él conocido en las misiones.
(2) No hemos hallado en las historias eclesiásticas, familiares a San Alfonso, rastro de este hecho, ni lo menciona él en sus *Victorias de los mártires*; sin embargo, no han faltado casos parecidos en las persecuciones modernas.
(3) Aprovechábame a mí también ver campo u agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Creador; digo, que me despertaban y recogían y servían de libro, y en mi ingratitud y pecados (S. Teresa de Jesús, *Libro de la Vida,* cap. IX. *Obras, I,* Burgos, 1915, p. 65).
(4) Christiannus de Scala, *Vita*, cap. II, n. 15. Inter. *Acta SS. Bollandina*, 28 de septiembres. El autor era sobrino del Santo por parte de su hermano fratricida. Véase también *Breviarium Romanum*, die 28 septembris.
(5) S. Pedro de Alcántara, *Tratado de la oración y meditación y devoción,* I, cap. IV: *el Lunes.*
(6) Sobre las revelaciones de Santa Margarita, véase: Languet, *Vie,* liv. IV. n. 57. *Vie et Oeuvres,* I, Paray-le-Monial, 1876, p. 123-124.
(7) S. Pedro de Alcántara, 1. cit.
(8) Véase: Luis de Granada, *Vida del Maestro Juan de Avila,* lib. III, c. 15, Madrid. 1674
(9) Véase: Luis de la puente, *Vida del P. Baltasar Alvarez, c.* VI
(10) Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de hablar horas de hablar y señaladas personas que les hablen; si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores ha de costarle tratarlo; u que si es con el Rey, aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa , sino preguntar quién son los rnás privados... ¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reis, cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! (S. Teresa de Jesús, *Libro de la Vida,* cap. 37. *Obras,* I, Burgos. 1915, p. 323).
(11) Viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo. que tanto le ha ofendido, estar tan cerca de El? Debajo de aquel pan. está tratable; porque si el rey se disfraza, no parece se nos daría nada de conversar sin tantos miramientos y respetos con El; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó (S. Teresa de Jesús, *Camino de perfección,* cap. 34. *Obras,* III, Burgos.
(12) Luis de la puente, *Vida del P. Baltasar Alvarez,* cap. VII, 2.
(13) Martín de Roa, *Vida,* lib. III, e. I; IV. c. 5; IX, o. 13.
(14) S. Margarita de Alacoque, *Vie et Oeuvres,* II, Paray-le-Monial, 1876, p. 414.
(15) S. Tersa de Jesús, *Moradas segundas*. Obras, IV, Burgos, 1917,p. 27.
(16) Haga cada día cincuenta ofrecimientos a Dios de sí, y esto haga con grande fervor y deseo de Dios (S. Teresa de Jesús, *Avisos,* 30).